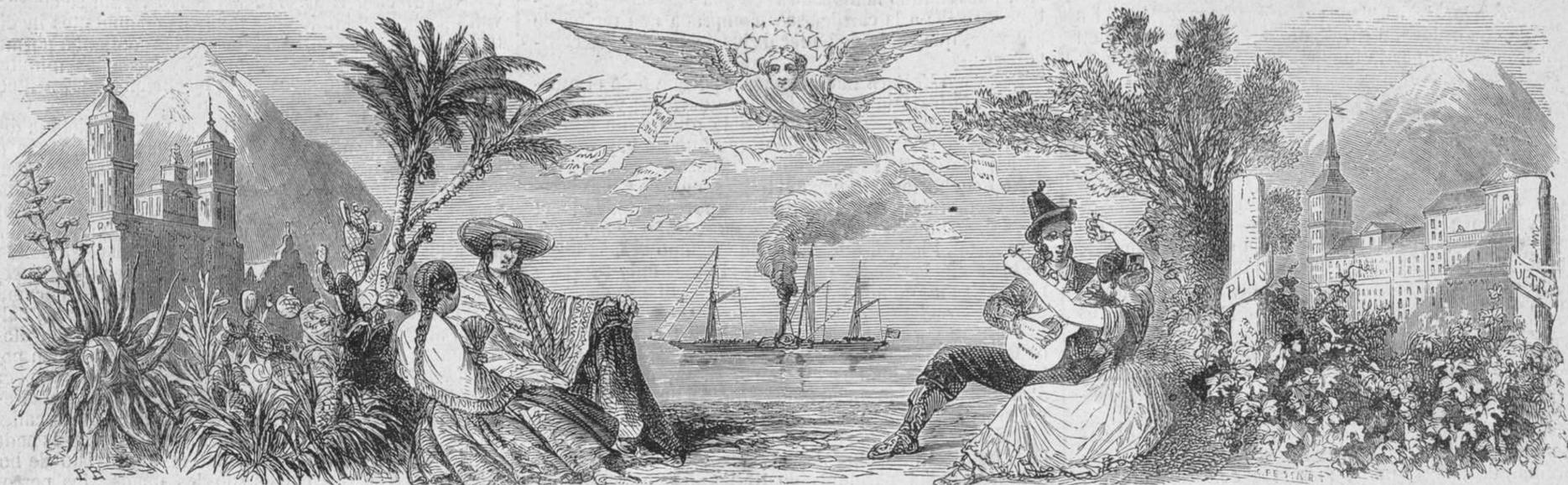


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1863. — TOMO XXII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 22. — Nº 564.

Administración general, passage Saunier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO

El emperador en San Juan de Luz; grabado. — Los perros y la estriénina. — Sucesos de Polonia; grabado. — El general Juan Crisóstomo Falcon; grabado. — La Musa de Anafé; grabado. — Monseñor Pelagio Labastida; grabado. — El general Miramon; grabado. — El general Almonte; grabado. — S. E. M. Bchie; grabado. — Nuestra Se-

ñora de las Artes; grabado. — Revista de Paris. — El mundo. — Fiesta del 15 de agosto en Pondichery; grabados. — Islas Filipinas. — Paris y Londres en 1793. — Exposición de bellas artes en 1863; grabados. — Un instante. — La hoja. — Sacrificio y recompensa. — Revista de la moda. — El Factage parisiense; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

El emperador en San Juan de Luz.

Durante su permanencia en Biarritz, el emperador ha hecho una excursión a San Sebastian, donde fué recibido con todos los honores, y a su regreso pasó por San Juan de Luz, en cuya localidad se detuvo con S. M. la emperatriz Eugenia. El día mismo de aquella visita a San Juan de Luz, la población entera se dirigía a la playa para contemplar una ballena que acababa de varar; el enorme animal, viéndose en la imposibilidad de



El emperador viendo la ballena varada en San Juan de Luz.

volverse á alta mar, había arrojado gritos estridentes, que oídos en las inmediaciones, habían atraído á la muchedumbre. Esta ballena presentaba una circunferencia de 2 m. 56 cent., con un largo de 6 m. 60 cent.

A eso de las tres de la tarde, SS. MM. hicieron su entrada en San Juan de Luz, siendo recibidas con el mayor entusiasmo; y en breve se dirigieron también hacia la playa en compañía del alcalde M. Dathané, para ver el monstruo marino que la mar acababa de arrojar á la costa.

El emperador dejó órdenes precisas para activar las obras que ha ordenado en el puerto, y salió de San Juan de Luz aclamado por la muchedumbre. M.

Los perros y la estriénina.

« Los indios mahometanos cuentan entre sus mayores diversiones, la de embriagar á los elefantes con diversas drogas amasadas con la cerilla del oído humano. Esta mezcla tiene la propiedad de poner muy furiosos á los elefantes, y entonces los mahometanos se complacen en verlos luchar con los tigres, panteras y otros animales feroces. »

Estó dice un viajero inglés en sus *Memorias*: y cualquier extranjero que actualmente viajase por España y leyese la gacetilla de algunos periódicos de la corte, escribiría probablemente estas ó parecidas palabras:

« Los habitantes de Madrid se entretienen en el verano con un espectáculo bastante repugnante: amasan morcillas de sangre mala, mezclada con estriénina, y las echan á cuantos perros encuentran por las calles, gozándose en contemplar las horribles convulsiones que preceden á la muerte del mas noble y útil de los animales. »

Esto diría probablemente un extranjero, y esto es precisamente lo que tratamos de evitar, á cuyo fin escribimos este artículo; pero antes de entrar en materia, diremos cuatro palabras acerca de ese animal tan deprimido, tan odiado y perseguido de pocos meses á esta parte, y por gentes no menos meticulosas que aprensivas, y que dan ciertamente una idea muy pobre de sus filantrópicos sentimientos, porque también la filantropía debe alcanzar á los pobres animales.

El papel social del perro, como dice muy bien un escritor moderno, ha sido desconocido por Buffon y sus ilustres sucesores, y aun es cosa por resolver si es el perro el que se parece al hombre, ó si es el hombre el que se parece al perro. Para que todo favorezca á este noble animal, quiso Dios que la civilización naciese en Oriente, patria del perro. Los negros africanos, los peruanos, los aztecas, los antropófagos del Norte, todas las naciones, en fin, que han permanecido por largo tiempo sumidas en la barbarie, son naciones donde no hay perros; no trataremos de probar que los perros son los que han llevado las luces de la civilización á las diversas partes del universo; pero haremos constar hechos curiosos, para que otros se entretengan en deducir consecuencias.

El caribe se come á sus semejantes, y el esquimal respeta á todo el que tiene figura humana. ¿En qué consiste esto? No lo sabemos; pero el caribe no conoce al perro, mientras el esquimal se sirve de él para sus usos domésticos. Se nos tachará tal vez de visionarios al vernos aducir semejantes hechos; en hora buena, todo lo sufriremos con paciencia, pero no por eso desistiremos de nuestro propósito.

Los antiguos patriarcas, los antepasados de los griegos y romanos, de los árabes y los egipcios, de los caldeos y los tártaros, todos tenían perros, y todos tuvieron ganados, por la sencilla razon de que disponían de animales nobles que los cuidasen. ¿ Los tuvieron asimismo los salvajes del nuevo continente? No, señor; patria era aquella donde el perro era completamente desconocido, y sus naturales pasaban el tiempo disputando á las fieras su comida: entretenidos en estas escenas de rapiña y bestialidad, ni las ciencias ni las artes fueron conocidas por ellos, hasta que puestos en relacion con países civilizados, se pusieron también en relacion inmediata con los perros del viejo continente. Todo esto será muy necio y hasta falto de razon si así se quiere, pero nadie podrá negarnos que está lleno de verdad.

Que el perro es uno de los animales mas inteligentes de todos los que pueblan la superficie de la tierra, cosa es que nadie hasta ahora ha pretendido poner en duda. ¿ Quién no recuerda, efectivamente, las famosas hazanas del famoso Rob, del célebre perro de los bomberos de Londres, que tan buenos servicios prestó siempre á esta excelente compañía, y que hace dos años murió en el ejercicio de sus funciones, aplastado por las ruedas de una bomba que iba á extinguir un incendio? Pues el perro Rob, como todo el mundo sabe, porque es cosa de ayer, corría delante de las bombas aullando como un desesperado para poner expedito el camino tan luego como oía tocar á fuego; el perro Rob subía por las escalas de los bomberos, penetraba en los pisos por los balcones y ventanas, y salvaba á otros perros y gatos, y en algunas ocasiones criaturas; el perro Rob sabía manejar una bomba tan bien como un bombero, y en una palabra, hizo proezas durante algunos años, mereciendo ser premiado con una honorífica medalla, en la cual se leía esta inscripción: « No me detengais, dejadme correr, soy el Rob, el perro de los bomberos de Londres. »

Y no es este el único perro inteligente de quien podemos hacer mencion.

En Venecia había uno que pedía limosna á los viaje-

ros en las puertas de las fondas y posadas; y pedía limosna metálica y conocía el valor de la moneda; por lo comun le daban 25 céntimos y los empleaba en pan; pero ¿ de qué modo? Cogía el dinero con la boca, se iba á la panadería, lo dejaba encima del mostrador, recibía en cambio el trozo de pan correspondiente á su dinero, y en seguida iba á compartirlo con un perro muy viejo, amigo suyo, para quien tenía costumbre de pedir limosna; y no había miedo de que al animal se la pegasen, pues cuando la limosna recogida pasaba de 50 céntimos, se iba á la carnicería y compraba una ración de piltrafas, que sabía defender de los ataques de sus compañeros.

Del perro *Mostach* nada decimos, porque todo el mundo sabe la historia de este famoso guerrero; y del desdichado *Palomo*, tan célebre en la guerra de Africa, inútil es que hablemos también, porque no hay pueblo en España donde se ignoren sus proezas.

No concluiríamos nunca si hubiésemos de citar ejemplos memorables de perros famosos por su inteligencia; lo cual, sea dicho de paso, nada de extraño tiene, porque hasta el burro, que se considera como el mas torpe de los animales, se reconocen en él dotes muy superiores, y en mas de una ocasion se ha salido á su defensa, como lo prueba el hecho siguiente:

Un asno y un perro que vivían juntos en un molino de Bagneres (Francia), se profesaban la mas tierna amistad; hallábanse los dos en una pradera, cuando llegó otro perro seguido de su amo; despues de los preludios y gruñidos de ordenanza, ambos perros pasaron á las vías de hecho, pero con tan mala suerte para el del molino, que iba á sucumbir en la pelea; el asno, que hasta entonces había permanecido tranquilo espectador del combate, saltó de repente al campo del honor, y con admirable discernimiento dió tales coces y mordiscos al perro intruso, que le hizo emprender la fuga mas que á paso. El amo del perro provocador estuvo á pique de ser víctima del furor del burro, que la tomó con él cuando huyó el perro.

Esto es histórico, y en Bagneres existen algunos de los que presenciaron el combate, y á quienes el dueño del perro provocador se lo contó despues.

En vista de todo esto, á nadie debe extrañar el extremado cariño que muchas personas profesan á los animales, y especialmente á los perros.

Sachini, por ejemplo, era un hombre que perdía el hilo de su inspiracion, si no veía á su gato saltar sobre la mesa.

Keplero no acertaba á profundizar ningun fenómeno físico si no tenía su perro al lado.

Y por este estilo podríamos citar cincuenta mil ejemplos.

Dicho esto, á nadie extrañará tampoco la famosa excentricidad de un riquísimo escocés natural y vecino de Glasgow, que al tiempo de morir declaró su heredero universal á un hermoso perro de Terranova que poseía, por medio del siguiente chistoso testamento:

« Yo detesto á los hombres, y solo quiero sobre la tierra á un perro. Los primeros me han hecho mucho daño; el segundo me ha salvado dos veces la vida, demostrándome siempre una constante amistad. Deseo pues que mis fincas rústicas y urbanas, mi metálico y mis billetes de banco sean despues de mi muerte de Jack. Mis ejecutores testamentarios están encargados de cuidar con esmero á mi fiel compañero, ni mas ni menos que si tuviera un asiento en la cámara de los lores. Deseo además que se le dé de comer tres veces al día, y que las comidas se compongan de platos exquisitos, que no se le contrarie en nada, y que cuando dé el último suspiro se le entierre á mi lado. »

Los herederos naturales de este célebre testador atacaron una disposicion que les despojaba de lo que les pertenecía en beneficio de Jack, y el pleito duró algunos meses, porque al perro no le faltaron buenos defensores.

En fin, el perro es el animal por excelencia privilegiado, y hasta en China donde se comen, no solo bueyes, sino cabras, carneros é infinidad de pescados, la carne de perro es considerada como el bocado mas exquisito, y solo se sirve en las grandes recepciones y festines para obsequiar á algun alto personaje. Tal es el aprecio que hacen del perro en aquel país.

Por lo demás, el perro es uno de los animales mas fuertes y sufridos que hay en la naturaleza, como lo prueban los diferentes experimentos que se han practicado hasta la fecha, de los cuales resulta que el gato de la Algalia solo puede vivir diez dias sin comer, el antilope y el gato montés 20, el águila 28, el tejón 30, y el perro 36. En la Academia de ciencias de Paris se conserva también una Memoria en la cual se refieren los pormenores del caso ocurrido á una perra, que encerrada inadvertidamente en una casa de campo, vivió cuarenta dias sin mas alimento que la tela de un colchon que había hecho pedazos.

Hasta los mismos refranes vienen en apoyo de los perros, pues hay uno que dice que es mas peligroso irritar á una vieja que á un perro.

Y despues de esto todavía hay quien los tiene miedo, y predicán sin cesar que les echen morcilla hasta extinguir la raza, y si la morcilla no basta, que los apliquen el jeringazo.

Una prueba de que el perro ha sido considerado siempre como inofensivo, es que antiguamente se dictaban muchas sentencias contra toda clase de animales, y ninguna se dictó sin embargo contra los perros.

Efectivamente, en 1386 fué mutilada una marrana en la pierna y las orejas y ahorcada despues, por haber hecho pedazos á un niño, segun sentencia del juez de

Falaise; en 1394 fué ahorcado un marrano, por haber estropeado y muerto á un niño en la parroquia de Roumanie, vizcondado de Mortaing; en 1474 sentenció el magistrado de Basilea á un gallo á ser quemado vivo por haber puesto un huevo; también en 1499 fué condenado un toro á la horca, segun sentencia del bailio de la abadia de Beupré (Beauvais) por haber muerto estando furioso á un muchacho: é infinidad de sentencias de este género podríamos citar, ninguna de las cuales recayó sin embargo sobre los perros. Aun se conservan en algunas bibliotecas públicas documentos inéditos y manuscritos curiosos, los cuales contienen pormenores de muchas de estas causas, y hasta las minutas de los gastos ocasionados en la ejecucion de las sentencias.

Hoy, sin embargo, ha cambiado por completo la decoracion, y no hay otro animal mas ofensivo que el perro, si se atiende á las medidas que contra él se dictan, al paso que nada se ordena contra las vacas que van sueltas por las calles, y que en mas de una ocasion han proporcionado sustos á las señoras, roturas de piernas á los ancianos, y diversion inocente á los mocitos.

Los caballos y cocheros pueden galopar á su placer por calles y paseos atropellando á todo el que encuentran por delante; las monas pueden andar por los balcones arañando á los niños, como está sucediendo diariamente; las burras de leche pueden ir también por las aceras repartiendo coces al público que tiene la poca galantería de no cederlas el paso; y hasta las asquerosas ratas pueden seguir bailando en medio de las calles sin que nadie les diga una palabra. Todo esto no es nada comparado con un perro aunque vaya provisto de bozal. Los perros, los perros son los malos; los perros todos tienen rabia y es preciso exterminarlos con la morcilla, la jeringa ó el garrote.

Será casualidad; pero de tantos hombres célebres cuya desastrosa muerte nos refiere la historia hasta en sus mas mínimos detalles, ninguno murió de hidrofobia, ninguno porque le mordiese un perro rabioso.

Rómulo, Alcibiades, Filipo, Sertorio, Pompeyo el Grande, César, Ulpiano, Cicerón, Caligula, etc., *pericieron asesinados*.

Sócrates, Demóstenes, Aristóteles, Alejandro Magno, Mahoma, Juan Sintierra, etc., *fueron envenenados*.

Archiloco é Ibice murieron a *manos de ladrones*.

Cratino y Terencio murieron en un *naufragio*.

Séneca y Lucano fueron *desangrados*.

Menandro fué *ahogado* en el puerto de Pireo.

Empédocles fué *precipitado* en el cráter de un *volcan*.

Plinio el naturalista fué víctima de su entusiasmo científico, pereciendo en el *cráter de otro volcan*.

La célebre Saffo se *precipitó* desde lo alto de una roca en Lesbos.

Don Pedro el Cruel murió en un *desafío*.

El astrónomo Bailly murió en un *cadalso*.

Andrés Chenier *tuvo la misma suerte* un día antes que Robespierre.

Caton se *suicidó* leyendo el tratado de la *immortalidad del alma*, de Platon.

Torrenato Tasso murió en un *hospital de locos*.

Franklin, el almirante inglés, *desapareció* hace poco entre los *hielos del Polo*.

Cristóbal Colon, Camoens, Cervantes, Mozart y otros mil, murieron en la *miseria*.

Pausanias, general lacedemonio, Perseo, rey de Macedonia, Yugurta, usurpador del reino Numidia, y otros cien héroes no menos notables, *se murieron de hambre!*

Hasta Esquilo murió del *golpe de una tortuga*, que escapada de las garras de un águila cayó sobre su cabeza; pero de ningun hombre notable nos habla la historia que pareciese á consecuencia de haber sido mordido por un *perro rabioso*; y esto es tanto mas notable, cuanto que los ayuntamientos de entonces no se ocupaban en echar morcilla, ni ningun perro llevaba el hocico envuelto en la red de alambre.

El rey Don Favila murió *despedazado por un oso*, y otros reyes y personajes célebres murieron también en las garras de otras fieras; pero de hombres comidos por los perros, solo recordamos uno en este instante: el filósofo griego Heraclito, que habiendo sido víctima de una injusticia; se retiró á una montaña donde se alimentaba de yerbas, dejándose morir por último de hambre á los sesenta años. Entonces fué cuando unos perros hambrientos como él, se entretuvieron en roer sus huesos.

Vemos pues que los perros han sido considerados siempre como inofensivos, puesto que de ellos no se refieren las escenas de sangre y de horror que acompañan siempre á la historia de otros animales: negar que el perro hace daño sería negar que el perro tiene dientes, y esto de ningun modo puede ocultarse; pero el perro hace daño cuando se le hostiga, como lo hace el burro con ser el mas sufrido, y como lo hace el cordero que pasa por el prototipo de la mansedumbre. El instinto de la defensa es innato en toda clase de animales, y hasta las piedras se vuelven contra nosotros cuando se las hace daño. A mas de un cantero hemos visto quedarse tuerto estando machacando piedra.

Todo esto, sin embargo, se desconoce hoy día ó aparenta desconocerse, y en el afán de presentar á los perros mas temibles aun que una víbora venenosa, no se han desdeñado los absurdos, y hasta se han inventado historias y fingido experimentos que desde luego tachamos de faltos de verdad y de ridiculos. Ha llegado á decirse que un químico francés estuvo en expectativa á la muerte de un perro rabioso, y que tan luego como fué cadáver las moscas y otros insectos se lanzaron á picarle y comer de su carne; dicen que el químico tuvo la pa-

ciencia de cazar algunas de aquellas moscas que encerró despues con otros perros, á quienes picaron, y de cuyas resultas rabiaron en seguida.

Este es un absurdo completo, y desde luego lo tenemos por un cuento vulgar y sin chiste alguno. Podría suceder que las moscas se lanzasen al perro y rabiases en seguida, aunque las moscas y todos los demás insectos (si bien es cierto que comen carne muerta) saben perfectamente donde pican; pero querernos hacer tragar como una verdad de a folio el cuento ridiculo de que los perros á quienes estas moscas picaron rabiaron tambien en seguida, esto es ya demasiado: damos de barato que la picadura de la mosca sea bastante aguda para inocular el virus hidrófobo en la piel del perro, que es una de las mas duras que se conocen; querernos suponer tambien que el virus que cien moscas juntas pudieran absorber fuese suficiente no para hacer rabiar á un perro, sino para contagiar á varios; supondremos además que las moscas sean susceptibles de crear la *baba* que crean el perro y los demás animales con dientes, cuya baba al infiltrarse en la herida producida por la mordedura, es la que engendra la rabia; todo esto lo supondremos y concederemos de buen grado, aunque son cosas todas imposibles de concederse: pero ¿por ventura son muchos los casos en que se ha observado que el perro, el hombre ó cualquier otro animal han rabiado antes de los cuarenta dias de ser mordidos? Muy raros son los casos de esta especie que se cuentan: solo el químico francés es el que ha observado que los perros rabiaban inmediatamente que eran picados por las moscas hidrófobas; pero ¿cómo se compondría este señor para cazarlas? Precisamente necesitaria guantes. *Risum teneatis amici.*

Esto, como se ve, es uno de esos mil absurdos que se esparcen para crear lo que afortunadamente no hay ni habrá en este país, á saber: un exagerado temor á la raza canina, al que siga despues el odio y el deseo de exterminarla, á lo cual contribuirían indudablemente todos estos cuentos, si la mayoría de los españoles no tuviese un poco mas de sentido comun que el químico francés.

Pero concretando un poco la cuestion preguntamos ahora:

¿Con qué fin se arroja la morcilla? ¿Produce la morcilla el efecto que se desea?

La morcilla se arroja en las calles con objeto de que la coman los perros vagabundos y sin dueño, que vivaquean á sus anchas por todas las poblaciones: ¿pero son estos los que la comen? No; los perros vagabundos son, sin excluir ninguna variedad de perros, los que mas instinto tienen, ó por mejor decir, mas picardia; acostumbrados por necesidad á proporcionarse el alimento en los figones y basureros, tienen muy buen cuidado de elegir aquello que consideran inofensivo, y muy pocos serán los que hasta la fecha hayan comido la morcilla, no obstante haberse envenenado muy cerca de 3.000. Los perros vagabundos que en su método de vida se parecen mucho á los gitáños, puesto que solo viven del robo y nunca duermen en el mismo sitio, tienen tambien como ellos su dialecto particular, y á los pocos dias de haberse puesto el bando del bozal y la morcilla, muy raro es el perro vagabundo que no tiene noticia del asunto: la voz corre efectivamente entre ellos, y al tercer dia ninguno la come. ¿En qué consiste esto? Indudablemente en que tienen su forma de lenguaje particular, ó en que la muerte de algunos de sus compañeros los alecciona haciéndolos vivir muy prevenidos; el caso es que los perros vagabundos no comen la morcilla, y de que esto es así, tenemos un ejemplo muy notable en los perros de Lardero.

Hasta hace unos cuatro años, Logroño era una poblacion bastante descuidada: no habia en ella sino una sombra todavia en embrion, por decirlo así, de policia urbana, y tanto es esto verdad que á las nueve de la noche en invierno y á las diez en verano, ningun prójimo podía salir á la calle sin exponerse á que cien sucias fregatrices le pusiesen como nuevo sin decir *¡agua va!* siguiera: á dicha hora las calles de Logroño se convertian en inmundos basureros, y en ellas se arrojaban, no solo los restos de las comidas y basuras, sino el fruto de las 1.935 digestiones que se habian hecho durante el dia. Los perros de Lardero, que es un pueblo distante dos horas escasas de Logroño, salian de aquella villa á la hora conveniente, y esperaban en los alrededores de Logroño á que el reloj de la ciudad diese las diez, hora designada para verter las basuras; sonar la primera campanada y lanzarse todos dentro de la poblacion como desesperados, todo era uno. Sucedió pues que habiendo rabiado un perro de los de Lardero y temiendo los vecinos de Logroño que los demás hubiesen sido contagiados, las seis ó siete noches siguientes echaron tambien unas cuantas morcillas envenenadas con objeto de matarlos: la noche primera murieron bastantes perros, pero á la segunda solo murieron tres, y á la tercera no murió ninguno: los perros, sin embargo, siguieron cenando á la hora de costumbre, pero la morcilla no surtió ningun efecto. Pues exactamente lo mismo es lo que sucede en Madrid.

Los perros que comen la morcilla son los que tienen dueño, es decir, los que menos exposicion tienen de rabiar, por cuanto que no les falta que comer, y si comen la morcilla es meramente por capricho, ó lo que es lo mismo, porque este plato no figura en la mesa de sus amos, y el deseo natural de probarla les incita. Hemos dicho que los perros que tienen amo son los que menos expuestos se hallan á rabiar, porque la verdad sea dicha, en este mundo, tanto perros como hombres, aquí nadie rabia como no rabie de hambre.

Ra
que
con
na
de
dist
val
par
dio
al t
me
este
una
to c
V
pon
pla
nici
E
nes
con
de
I
hac
cu
un
bu
sit
an
su
oel
po
de
es
á e
pe
el l
fere
de p
en e
por
han
regis
prof
mult
el pe
ño e
cuar
y all
lles e
morc
apreh
dueñ
olvid
de los perros

de los perros... durante los dos dias. Los empleados de la policia encargados de hacer que se cumpla el bando del bozal, disfrutan un 10 por 100 de las multas, además de su sueldo; de modo que interesados vivamente en el negocio, raro es el perro sin bozal que se escapa sin dormir en el depósito.

Esto mismo puede hacerse en Madrid, y creemos que surtiria mejores resultados, porque el echar la morcilla en medio de las calles es un espectáculo indigno de una poblacion civilizada, y que tiene además el grave inconveniente de ocasionar la muerte á otros animales, de quienes nunca se ha dicho que rabián, como ha sucedido en Chamberi.

Concluiremos nuestro artículo deshaciendo una preocupacion vulgar, y es la de creer que los perros rabián de calor; en una poblacion como Madrid, donde hay tanta abundancia de agua, los perros no pueden rabiar de calor; los pocos casos de hidrofobia que se observan por esta causa son siempre en los perros de los rebaños, los cuales permaneciendo muchas horas expuestos al sol, hay dias en que apenas pueden probar el agua por carencia absoluta de ella.

Los perros rabián en la época de los celos y en la época de los vientos, pero especialmente en la primera: en la época de los vientos, ó sea en marzo, rabián, porque ha de saberse que el perro es un animal que todo lo soporta y lo resiste menos la música y el viento: la música suele hacerlos morir de dolor si se les obliga á escucharla por algun tiempo; y los vientos les irritan los nervios dentarios de tal modo, que inmediatamente engendra en ellos esa terrible enfermedad, contra la cual no se ha descubierto aun el verdadero antidoto (como no sean las píldoras y el unguento de Holloway que lo curan todo). Por eso se observa que los perros que viven al raso, como los destinados á guardar ganados, los de los labradores, etc., rabián con mas frecuencia en febrero y marzo que en el rigor del estio.

Si de lo que se trata en Madrid es de concluir con los perros que no tienen amo, ó de que no se pasee por la córte un solo perro que carezca de él, creemos que lo mas conveniente seria que el ayuntamiento se tomase la molestia de recogerlos todos, y despues ir regalándolos uno por uno á todo el que los desease, y esté seguro de que ni uno solo quedaria por colocar. Además que es cosa probada que los perros en las tesorerias y otras oficinas públicas, evitan siempre los robos, y aquí saldria ya colocacion para multitud de perros.

Finalmente, si la morcilla se echa en las calles por capricho, entonces nos llamamos, porque cada cual tiene sus gustos, y el ayuntamiento tiene derecho á ejercitar el suyo con mucha mas libertad que cualquier otro ciudadano; y esto nos recuerda un cuento chistoso que vamos á referir, terminando con él este artículo.

El popular novelista francés Alfonso Karr vivia hace

algunos años en bastante estrechez, ocupando un modesto quinto piso en Paris.

El vecino del piso cuarto, filarmónico consumado, no dejaba al buen Karr escribir ni estudiar con el continuo silbido de la flauta, hasta que cansado, el paciente tomó una resolucion extrema. En un cuarto de hora derrochó sus capitales de un año.

Llamó á un aguador y le hizo que llenara de agua la casa, hasta convertirla en una laguna de una vara de honda. Tomó despues una caña, un hilo y un anzuelo, y sentado sobre una mesa se puso á pescar los objetos que en el agua hallaba.

Viendo el vecino de abajo que en su casa llovía á mares, subió á quejarse al inquilino del quinto piso, quien le contestó tranquilamente sin dejar su ocupacion:

— Amigo mio, cada uno tiene sus gustos; Vd. se divierte tocando la flauta y yo pescando.

El ayuntamiento se divierte en echar morcilla.

MANUEL TORRIJOS.

Sucesos de Polonia.

Mientras la diplomacia prosigue su estéril tarea, la brisa de otoño sopla al través de los campos de batalla de la Polonia, donde las mas grandes fatigas y los peligros de una guerra encarnizada no pueden detener á los patriotas. En todo el mes de setiembre han aparecido nuevos destacamentos de insurrectos en los palatinados de Lublin y de Cracovia. Los rusos, rendidos por las marchas forzadas, han debido contentarse con algunas ligeras escaramuzas contra las avanzadas polacas, evitando todo encuentro formal. Rodeados de una poblacion enemiga que no retrocede ante ningun obstáculo, sus comunicaciones han venido á ser sumamente difíciles. A principios del mes último, el ferrocarril de Viena á Varsovia y de San Petersburgo fué cortado de nuevo por los insurrectos. Tambien han hecho saltar varios puentes, entre otros el de *Konowice*, cerca de *Czenstochowa*, que aun no se ha gobernado.

Posteriormente los rusos han tomado en *Czenstochowa* todas las medidas necesarias para impedir la vuelta de los insurrectos; han concentrado allí ocho mil hombres y doce baterias que defienden la poblacion, y algunos destacamentos han sido apostados en las margenes del *Warta*. Tambien han fortificado *Czenstochowa* con un cerco de muros almenados y de varias obras de tierra. El célebre convento visitado cada año el día de la Virgen por mas de treinta mil peregrinos, es hoy el centro de las fortificaciones rusas. Este santo lugar está muy venerado en toda la Polonia.

La tradicion nos cuenta que en 1382 el duque Wladislao de Opeln habiendo dado la órden de trasportar una preciosa imagen de la Santa Virgen de Galicia en la Silesia, los caballos empleados para este transporte se detuvieron de repente ante un pequeño cerro llamado *Jasna-Gora* (Monte Claro). Todos los esfuerzos para hacer andar á los caballos fueron inútiles, y el duque, creyendo en un milagro, hizo edificar en ese sitio una iglesia donde colocó la santa imagen. Mas tarde, Wladislao Jagellon ensanchó este edificio dotándole con una rica capilla, donde se enseña aun el objeto venerado rodeado de preciosas ofrendas de una porcion de creyentes. Bajo el reinado de Wladislao IV, el convento de *Czenstochowa* ó *Jasna-Gora* fué fortificado, y durante la guerra de treinta años en 1655, el valeroso prior Agustín *Kordecki* le defendió con una corta guarnicion polaca contra los suecos, alcanzando una completa victoria. Algunos años mas tarde, los suecos saquearon el convento, y se dice que un oficial sueco, que se atrevió á pegar á la santa imagen con su espada, cayó muerto en el acto. Las alhajas del convento eran considerables en otro tiempo; pero las guerras de la Polonia, y sobre todo una dominacion extranjera, tan hostil á la fe católica, las han disminuido mucho. Cuantas veces la Polonia ha sido amenazada por una guerra ú otra calamidad pública, los monges de *Czenstochowa*, que pertenecen á la órden de San Pablo, se han distinguido siempre por su patriotismo.

Durante la insurreccion actual, estos dignos eclesiásticos han sido á menudo objeto de persecuciones por parte de los rusos, que bajo pretexto de buscar armas, han trastornado todo el convento. A. C. W.

El general Juan Crisóstomo Falcon,

PRESIDENTE ACTUAL DE LA REPUBLICA DE VENEZUELA.

El general Falcon ha nacido en Coro (república de Venezuela). Su padre don José Falcon y su madre doña Josefa Zavarze, le dejaron un rico patrimonio que ha sabido administrar perfectamente. En su juventud se dedicó á la carrera de las armas, y su valor, así como sus talentos militares, le pusieron muy luego en evidencia. Así fué elegido como jefe cuando la última revolucion popular que produjo el triunfo de la federacion. Todo hace esperar que fundará un órden de cosas sólido, y que gracias á él habrá llegado para esta república la época de la paz y de la libertad.

La Musa de Anafé.

Esta estatua ha sido hallada en 1823 en la isla de Anafé (una de las islas del archipiélago griego), en un templo dedicado á Apolo y á Diana, templo que tenia una gran reputacion en la antigüedad. Algunos aldeanos, que en el año 1823 hacian excavaciones cerca de este templo, hallaron la estatua que representa nuestro dibujo, con otros muchos



MONSEÑOR PELAGIO LABASTIDA,
arzobispo de Méjico y miembro del gobierno provisional mejicano.

objetos antiguos. Inmediatamente M. G. Alby, vicecónsul de Francia en Santorin, se trasladó á Anafé, y compró la estatua por una cantidad bastante crecida.

Tomamos el siguiente párrafo del informe que M. Raul Rochette dirigió de Malta con este motivo al ministro de Negocios extranjeros :

« Mi primer cuidado al llegar á Santorin á casa de nuestro cónsul, fué ver la estatua que tanto me habian recomendado, y la encontré muy superior aun á la idea que habia podido formarme de ella. Es una figura de mujer de proporciones ordinarias, envuelta en un ropaje de piés á cabeza,

con las dos manos fuera del vestido, pero que faltan desgraciadamente; por lo demás, la estatua se halla bien conservada: la cabeza, que ha sido trabajada separadamente del cuerpo, se ajusta perfectamente al busto, y no ha sido deteriorada en ninguna de sus partes; el ropaje entero se halla intacto, como si acabara de salir de manos del artista; en suma, es uno de los monumentos mas completos y mejor conservados que yo conozco. En cuanto al estilo, pertenece indudablemente á una escuela griega de las mas puras.....

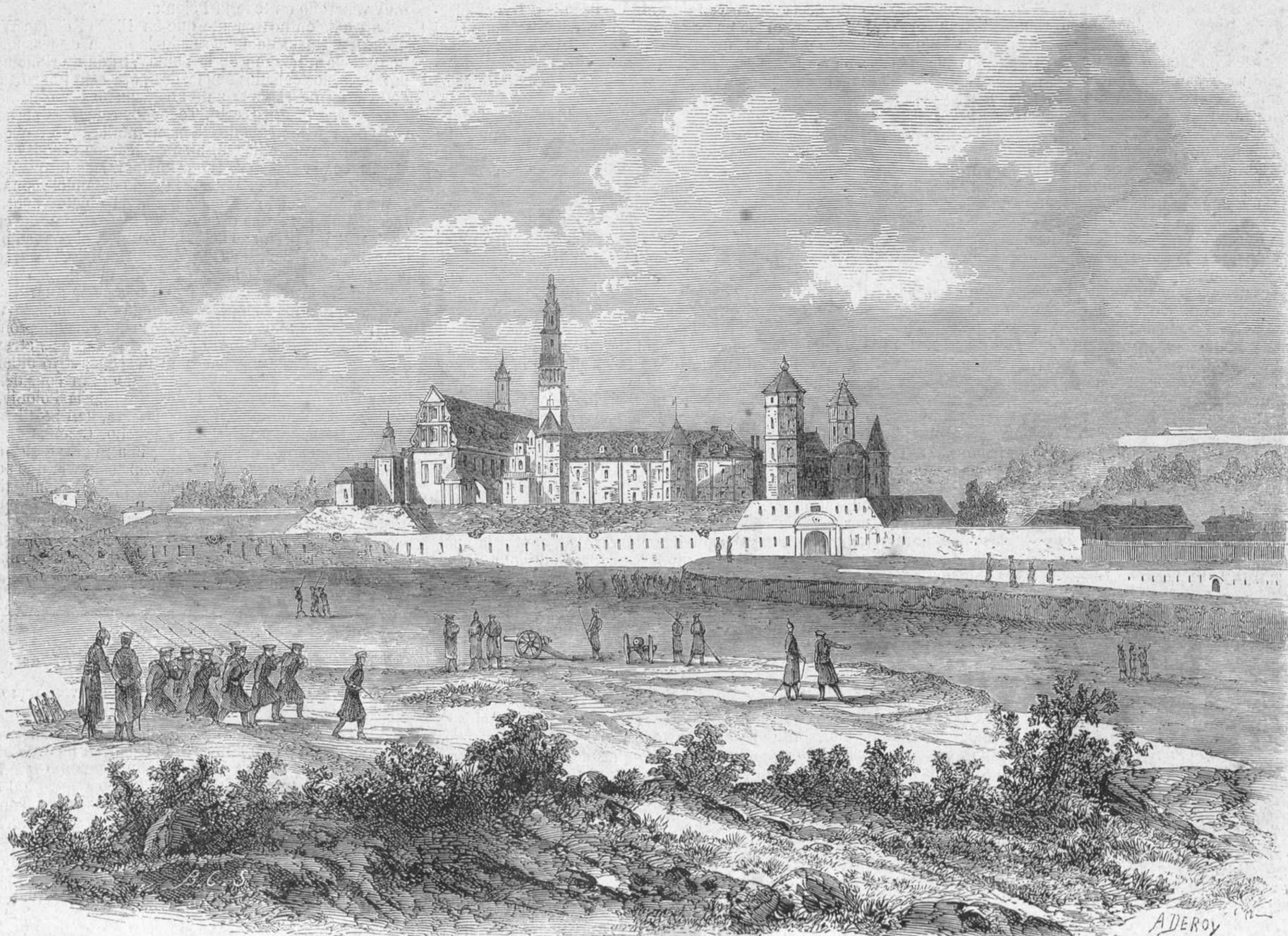


EL GENERAL ALMONTE,
miembro del gobierno provisional de Méjico.

es una figura, si no del mismo órden, al menos de la misma familia que nuestra *Vénus de Milo*, hallada en una isla contigua á esta.»

En vista del informe de M. Raul Rochette, el gobierno francés se decidió á mandar á Santorin un aviso del Estado para recibir á su bordo la estatua de Anafé; ignorándose por qué motivo el buque dejó Santorin sin embarcarla.

Desde entonces la estatua ha estado cuidadosamente conservada en el gabinete particular de M. Alby; y despues de su muerte, ocurrida en octubre de 1862, su hermano la envió á Paris, adonde ha llegado en julio último. M. de



Convento y fortificaciones rusas en Czenstochowa.

ADEROY

Nieuwerkerke, superintendente de bellas artes, y M. de Longperier, conservador de antigüedades, fueron al punto á visitarla, y la encontraron de un mérito superior; pero parece ser que los recursos del Louvre no permiten su adquisicion.

R. S.



EL GENERAL J. C. FALCON,
presidente de la república de Venezuela.

S. E. M. Behic,

MINISTRO DE OBRAS PUBLICAS EN FRANCIA.

En la última modificacion ministerial que ha habido en el imperio francés, M. Armando Behic ha entrado á desempeñar la cartera correspondiente á Obras públicas. Habiendo entrado desde su juventud en la administracion de hacienda, M. Behic formó parte de la primera expedicion á la Argelia, en calidad de agregado á la tesoreria del ejército; despues de haber corrido con importantes misiones en Fran-



La Musa de Anafé.

cia y en las colonias, al regreso de un viaje á las Antillas fué agregado á la marina y encargado de la ejecucion de ciertas reformas en este departamento.

Diputado por Avesnes en 1846, M. Armando Behic, ya como diputado, ya como comisario del rey, tomó parte en cierto numero de discusiones importantes. Por último, con-



S. E. M. BEHIC,
ministro de Obras públicas.

sejero de Estado nombrado por la Constituyente, miembro del consejo de administracion de las construcciones civiles, y presidente de la comision para la organizacion de los bancos coloniales, M. Behic es conocido sobre todo por la gran parte que tomó en la direccion de la compañía de navegacion, las *Mensajerias imperiales*; es un hombre de negocios mas bien que un hombre político.

H. C.



Nuevo establecimiento de la institucion de Nuestra Señora de las Artes en Neuilly.

Nuestra Señora de las Artes.

Hé aquí una nueva institucion que corresponde á las necesidades de la época. Madama de Maintenon habia concebido la idea de Saint-Cyr en favor de las jóvenes de la nobleza de fortuna escasa: Nuestra Señora de las Artes es una institucion igual para las profesiones liberales.

La educacion dada á las niñas es poco mas ó menos la misma en todas partes. El nivel es universal: quien ha visto un colegio ha visto diez. Ahora bien, nada mas absurdo, mas novelesco y mas fatal que esa uniformidad de la educacion impuesta á jóvenes de condiciones y fortunas diferentes. ¿Qué aprende hoy la mujer? Elementos de todas las cosas. La superficie de las ciencias y las artes; un poco de geografia, un poco de historia, un poco de literatura, un poco de inglés, algo de bordados y algo de música. La homeopatía aplicada á la enseñanza. Ninguna direccion especial. Entregada á sí misma, nada puede en nuestra sociedad. Que las personas ricas den á sus hijas esa apariencias de educacion en los colegios, se comprende hasta cierto punto, pues la mujer opulenta pagará con su dote sus ocios eternos. En siendo bella, graciosa y agradable, ya lo tiene todo. Pero ¿cómo esa educacion suficiente para un corto número, puede ser la educacion general? ¿Cómo no comprende un padre de familia, si no posee ya una fortuna, que su hija necesita un alimento intelectual mucho mas sólido? Habrá hecho mil sacrificios para dar á esa hija los gustos, las ideas y los sueños de la opulencia, y mas tarde cuando haya abandonado el colegio, se sorprenderá de que no pueda acomodarse con la mediania de la casa paterna!

Una señora que ha vivido en el mundo antes de hacerse religiosa, la vizcondesa de Anglars, en religion sor María José, ha aplicado á beneficio de los artistas, literatos, administradores, médicos y abogados, el piadoso pensamiento concebido por madama de Maintenon en favor de la nobleza. Hacer mujeres y no muñecas de salon, tal es el fin que se ha propuesto la fundadora de *Nuestra Señora de las Artes*.

En este establecimiento donde tienen entrada las hijas de los hombres que forman el ejército pacífico de la Francia, hombres de poco haber en general, pero de gran valor, que trabajan siempre, sin hallar por punto general la fortuna al cabo de sus esfuerzos; en esta institucion, que como todo lo que es nuevo ha tenido tantas luchas que sostener y tantos peligros que atravesar antes de plantearse sobre una base sólida, la educacion es doble, literaria y profesional. A la enseñanza clásica se añade el estudio profundo de un arte útil; escultura en marfil, pintura aplicada á la industria, dibujos de telas y de joyas, grabado en madera y en acero. Gracias á la primera educacion, la joven se pone al nivel de las inteligencias cultas, y mediante la otra, puede, si llegase el caso, ayudar á su familia, sostenerse á sí propia, asegurar su libertad, y escudar su virtud contra el terrible naufragio de la miseria. Preparada para una situacion feliz, queda fortificada contra todas las pruebas.

Mucho habria que decir acerca de la educacion de las mujeres, falsa educacion que entrega á tantas de ellas á los azares de la vida. Asunto es este que toca de cerca ó de lejos á todos los lados de nuestro estado social; pero no es oportuno el momento para tratar aquí cuestion tan importante. Limitémonos pues á dar á conocer á nuestros lectores la existencia de una institucion excelente, cuyo influjo nadie pondrá en duda dentro de pocos años. Elogiemos á la señora de corazon que ha concebido una idea tan fecunda, y que á despecho de tantos obstáculos la ha aplicado con una resolucion tan animosa. *Nuestra Señora de las Artes* es una de las creaciones características de nuestro tiempo, ese incansable buscador de los nuevos elementos que deben concurrir á la reorganizacion de la sociedad moderna.

Nuestra Señora de las Artes se instaló por primera vez en 1855 en una casa de la calle de Rocher; pero habiendo aumentado mucho el número de las alumnas, la nueva institucion fué á buscar fuera de las barreras, en el antiguo parque de Neuilly, un local mas espacioso. Nuestro grabado representa esta institucion (vista desde el jardín) que fué en otro tiempo un palacio de verano perteneciente á la princesa Adalaida de Orleans. Se han añadido algunas construcciones, y nada le falta ya hoy á *Nuestra Señora de las Artes*. E. T.

Revista de Paris.

Preciso es seguir hablando del gran acontecimiento que tanto preocupa estos dias á los parisienses. Otra vez el globo del fotógrafo Nadar se ha elevado en los aires como estaba anunciado, y desgraciadamente con un éxito mas deplorabile aun que en la excursion primera. El Campo de Marte estaba inundado de gente desde las doce del dia, y mientras se hacian los preparativos para la ascension del *Gigante*, varias bandas de música militar dispuestas en torno del recinto reservado ejecutaban variadas tocatas, y se elevaban en los aires una porcion de globos pequeños que llegados á cierta altura se incendiaban. A las tres y media se presentó el emperador, quien habiéndose apeado del carruaje en medio del Campo de Marte, se adelantó á pié hasta el recinto de las maniobras, y paseándose junto á la navicilla provocó con su exámen muchas explicaciones. Pocos minutos despues llegó igualmente el rey de Grecia, que entró en la navicilla

para visitarla. A eso de las cinco y cuarto el *Gigante* subió por los espacios con ocho ó nueve personas, entre las cuales se cuenta la señora del fotógrafo.

Esto era el domingo 18, y el lunes en todo el dia no hubo noticia del *Gigante*. En la Bolsa, como en los teatros y en los boulevares, el nombre de Nadar andaba mezclado en todas las conversaciones. Por fin, el martes por la noche los periódicos publicaron un despacho telegráfico de Erquelines (Bélgica), en el que se decia que los viajeros habian pasado por aquella ciudad bastante cerca de la tierra para que se oyese su voz que preguntaba en dónde se encontraban, y para que uno de los carabineros que estaban de servicio les intimase la orden de que se aparean á fin de efectuar el registro, orden que Nadar y sus compañeros se apresuraron á no obedecer, prosiguiendo su camino aéreo.

El dia siguiente llegó tambien por el telégrafo la noticia del desenlace firmada por Nadar, y concebida en los términos siguientes:

«Habiendo caido cerca de Nienbourg en el reino de Hanover el lunes al medio dia, nos hemos visto arrastrados durante muchas horas, porque las anclas se habian roto. Saint-Félix, mi mujer y yo estamos heridos gravemente; los demás se hallan mejor. Debemos la vida al valor de J. Godard.»

Hasta la hora en que escribimos no se conocen mas detalles, pero ellos bastan y sobran para dar fe del éxito desgraciado de una empresa que la experiencia condena irremisiblemente como una tentativa aventurada y loca.

En estos últimos tiempos ha estado en Paris un individuo cuya historia vamos á contar á continuacion, porque en ella está contenida una aventura seguramente sin ejemplo. — Hace seis meses, M. Clodomiro Frenois, rico negociante de la isla Mauricio, perteneciente hoy á los ingleses, fué encontrado en su habitacion muerto y horriblemente mutilado. Su cadáver yacía en el suelo; su rostro estaba desfigurado por un arma de fuego, y junto á él habia una pistola, con la cual se habia consumado el suicidio. Sobre la mesa del cuarto habia una carta en que se leian estas líneas:

«Estoy arruinado... un tunante me lleva veinte y cinco mil libras esterlinas, y solo me queda la deshonra, á la que no quiero sobrevivir... Dejo á mi familia el cuidado de distribuir entre mis acreedores el resto de mis bienes, y pido á Dios, á mis amigos y á mis hijos que me perdonen mi muerte... Dentro de un minuto estaré en la eternidad.»

Y firmaba Clodomiro Frenois.

La consternacion que causó esta desgracia fué muy grande.

Su viuda, presa de un inconsolable dolor, entró dos meses despues del horroroso suicidio de su esposo en el convento de las Penitentes, encomendando á un sobrino suyo el reparto del activo de la casa.

Sin embargo, los herederos privilegiados de Frenois supieron por cartas recibidas de Portsmouth, que un robo de que habia sido victima habia provocado su fin; practicaron varias diligencias, y descubrieron que la fecha de este robo coincidía con la época de la desaparicion de un tal John Moon que habia estado empleado en su casa, y de quien nadie habia vuelto á saber.

Ya estaban repartidos los bienes cuando Moon apareció de nuevo en la isla, é interpelado sobre el motivo de su fuga, sostuvo que su amo le habia mandado pasar á Francia para cobrar algunos créditos que no fueron pagados, y que si Clodomiro en su correspondencia habia podido acusarle, solo lo hizo para hallar un pretexto de justificar un déficit de que solo él tenia la culpa.

Hallándose así las cosas, hace unos quince dias, dice la crónica judicial de donde extractamos estos pormenores, M. William Burnett, el principal acreedor de Clodomiro Frenois, oyó que llamaban á su puerta á eso de las cinco de la mañana.

Mandó abrir, y su criada le anunció que un caballero que queria guardar el incógnito deseaba hablarle secretamente.

M. Burnett se levantó y bajó á la sala.

El visitante, que tenia un periódico en la mano y le volvía entonces la espalda, se habia arrojado en un sillón con la familiaridad de un amigo de la casa.

— ¿En qué puedo servirlos? preguntó William Burnett.

Nuestro hombre se volvió y saludó muy atento, mas en el mismo instante M. Burnett lanzó un grito.

Acababa de reconocer á Clodomiro Frenois, su deudor, á quien habia creído muerto y mutilado, y á cuyo entierro habia asistido.

Lo que pasó entre el desconocido, Burnett y su criada en aquella entrevista matutina, nadie lo sabe. Se vió salir varias veces á William Burnett muy agitado, y los que le siguieron observaron que entraba en casa del magistrado encargado de las causas criminales.

Al otro dia en el momento en que Moon tomaba el té en el jardín con una circasiana que habia comprado hacia poco, los policeman le prendieron y le llevaron á la cárcel de Estado.

Poco tiempo despues John Moon comparecia ante el tribunal criminal acusado de robo de confianza con efraccion, cometido en casa de Clodomiro Frenois; pero el procesado se sonreía con la seguridad de un hombre que no tiene que temer nada.

Habiéndole preguntado el presidente si confesaba su crimen, Moon respondió que la acusacion era absurda; que para que fuese condenado se necesitaba un testimonio cierto, y que ni la viuda del difunto ni ningun otro empleado habia oido hablar de semejante robo.

— ¿De modo que afirmáis vuestra inocencia? preguntó el magistrado.

— La proclamaría ante el cadáver del difunto, mi amo, si fuese necesario, respondió Moon.

— Que así sea, pues tal es tambien nuestra voluntad, repuso el presidente con voz conmovida, y Dios salve vuestra alma.

En aquel instante una puerta se abrió, y Clodomiro Frenois el suicida se adelantó hácia la barra fijando en el acusado miradas terribles.

Un murmullo de horror se elevó en la asamblea; todas las mujeres se fugaron.

John Moon cayó de rodillas y confesó su crimen.

En el mismo instante el abogado del acusado se levantó pidiendo que se hiciese constar la identidad del testigo.

— La confesion arrancada por el miedo, dijo, no puede ser valedera, y el juez no debe impresionarse con semejanzas físicas, que aunque difícilmente, pueden encontrarse. Antes de acusarnos en calidad de negociante robado, probadnos quién sois y por qué acaso la tumba que os recibí agujereado por las balas os ha arrojado sobre la tierra lleno de fuerza y de salud.

Y Clodomiro Frenois contó la historia en estos términos:

«Cuando advertí el robo cometido por el acusado, este habia huido, y todas las tentativas para apresarle habrian sido infructuosas. Entonces resolví acabar con la vida para no ver mi deshonra... Eran las siete de la tarde, y escribí la carta que fué hallada sobre mi mesa, y preparé mi pistola. Despues de haber hecho una corta oracion, me puse el arma en la boca y el dedo en el gatillo, cuando oí llamar á la puerta de la calle... Oculté el arma, salí á abrir, y entró un hombre que reconocí por el guardian de los muertos, que traía en brazos un cadáver destinado á mi sobrino que es médico, pues el tribunal sabe cuánto escasean los cuerpos destinados á la diseccion... Al pronto no le gustó encontrarme.

— ¿Mi sobrino os ha pedido eso? le pregunté.

— No, señor; pero yo le traigo siempre que hay ocasiones...

Por Dios, no habéis, pues perdería mi empleo... Entonces se me ocurrió una idea: di dos monedas de oro al guardian y llevé el cadáver á mi gabinete. Su estatura igualaba la mia; era el cuerpo de un pescador que su familia habia abandonado por una corta suma.

— ¡Oh! ¡resto de un infeliz! exclamé santiguándome; perdona mi atentado, pues si le cometo es para impedir la ruina de veinte familias. Si la cosa sale bien, te juro que tu familia será la mia, y que entrambos descansaremos en la tumba que tú habrás ocupado el primero...

Me quité mis ropas, vestí con ellas al muerto, y despues aplicando la pistola al rostro del cadáver, solté el tiro que me destinaba, y casi todo el semblante quedó destruido: era imposible reconocer la sustitucion. En seguida tomé otros vestidos muy sencillos, me afeité las patillas y las cejas, y á la otra mañana estaba á bordo de un buque francés que se daba á la vela para el continente. Lo que yo habia previsto ha sucedido. Mi indigno dependiente, al saber mi muerte, se creyó seguro; no sabia que en tanto que él vivía muy tranquilo en la isla Mauricio, yo descubria en Paris cómo y dónde habia colocado mis fondos; en fin, el fraude está patente, y gracias á los cuidados de mi amigo William Burnett, que recibí mi primera visita, será castigado el culpable.»

Así habló Clodomiro Frenois, el resucitado, y el tribunal de justicia condenó á John Moon á la pena de detencion perpétua.

Ahora bien, este señor Clodomiro Frenois se ha paseado entre nosotros en Paris cuando todos los que le habian conocido le suponian entregado al sueño eterno.

Por lo demás, Paris es la ciudad del mundo donde se ocultan mas misterios. Punto de reunion general de los viajeros de todos los paises, se diria que antes de volver definitivamente al hogar natal, quieren detenerse en esta Babel de la época moderna. En prueba de esto, no queremos citar mas que los encuentros inesperados que cada uno de nosotros hace de tiempo en tiempo en el boulevard ó en los establecimientos públicos.

No hace muchos dias que los embajadores annamitas han podido hacer la experiencia de esta verdad.

Hallábanse muy tranquilos en su vivienda del hotel Lord Byron, pensando sin duda en su amado pais que tanto echan de menos, cuando entran á decir al primer embajador que dos señoras solicitan una audiencia.

Previo el permiso de Phan-Than-Gian, introducen á estas dos señoras, y hé aquí que una de ellas, la de mayor edad, declara su nombre y el objeto de su visita en un lenguaje annamita de los mas castizos.

El asombro del embajador estaba en su colmo, y entregándose con placer á un diálogo inesperado en su lengua materna con dos señoras muy distinguidas, las trató con una urbanidad muy comun en Europa, pero inusitada en la Cochinchina.

La persona que tan agradable sorpresa causaba al embajador, era madama Vannier, viuda de un oficial del ejército francés, que bajo el reinado de Luis XVI habia pasado á la Cochinchina para ayudar al emperador Gia-Long á reconquistar su trono, que á la sazón se hallaba en manos de los rebeldes.

Esta señora es annamita de nacimiento, y salió de su pais en 1826, desde cuya época habita en Lorient; y aunque ya en una edad muy avanzada, habia venido á Paris, acompañada de su hija, solo para visitar á sus compatriotas.

Su conversacion en la lengua materna, cuyos acentos no habia oido hacia tantos años, no la era menos agradable que á los embajadores, que se hallaban como hechizados con su presencia.

Despues de esta visita que animó hasta lo sumo á los exóticos huéspedes del hotel Lord Byron, los annamitas no han cesado de manifestar su sorpresa y admiracion por tan inesperado encuentro en un pais donde no creyeron hallar quien conociera su lenguaje y sus costumbres.

La inauguracion de las funciones del Teatro Italiano ha tenido lugar con mas brillo aun que de costumbre, pues siempre la novedad es un aliciente, y este año habia nuevos cantantes que juzgar, así como tambien era preciso darse cuenta de las reformas interiores del teatro ejecutadas por el nuevo empresario M. Bagier. Apresurémonos á decir que estas mejoras eran muy necesarias. La restauracion ha sido completa, y el teatro se ofrece hoy al público elegante que le frecuenta, como una ascua de oro, para emplear una expresion vulgar que pinta aquí con toda verdad y precision nuestro pensamiento. Entre las innovaciones mas notables, citaremos una sumamente feliz, la supresion del parterre, ó patio, donde se han puesto cómodos sillones que continúan los de la antigua orquesta, con un pasaje bastante ancho practicado en el centro para que dos personas puedan circular libremente. Los concurrentes á las localidades suprimidas tendrán una compensacion en el anfiteatro, dispuesto en el último piso con capacidad para doscientas personas.

En la noche de la inauguracion, á la que asistia una sociedad

escogida y numerosa, se cantó la *Traviata*, por la señora Lagrange, artista cuyo recuerdo no han perdido en París los que la oyeron en el mismo teatro, aunque han pasado muchos años ya. No nos es posible emitir una opinión razonada sobre esta cantatriz por esta primera prueba, máxime cuando se nos dice que no es esa ópera de Verdi la mas propia para que luzca sus facultades; sin embargo, diremos que posee una voz extensa y de una agilidad extraordinaria; que no carece de gracia y sensibilidad, y sobre todo de acento dramático. Con tales dotes confiamos pues en que la señora Lagrange sabrá conquistarse en París la alta posición á que sus ruidosos triunfos la han elevado en España.

Un tenor francés, M. Nicolás, que ha italianizado su nombre llamándose Nicolini, se estrenó la misma noche con un éxito feliz muy merecido. El nuevo tenor tiene una voz sonora, fácil y simpática hasta el extremo, y no podemos menos de celebrar que haya abandonado el canto francés en favor del italiano, al que se adaptan perfectamente sus facultades. Por último, Delle-Sedie completó el cuadro desempeñando su parte con el talento que ya le conocemos, pues este artista ha figurado en las compañías de los años anteriores.

MARIANO URRABIETA.

El mundo.

III.

El mundo: aquí estamos todavía delante de esa palabra casi sin atrevernos á penetrar en las oscuras sinuosidades de su sentido.

Demos una vuelta por su superficie.

Por la actitud con que el ser humano cae en el mundo, bien puede creerse que viene arrojado, despeñado de una gran altura en castigo de algun gran delito.

El principio y el fin de la vida forman un contraste tan extraño, que un ojo poco observador podría confundir en uno mismo dos actos tan contrarios.

Nadie nace por su voluntad, ni nadie muere por su gusto: no se sabe qué es lo que cuesta mas trabajo, si nacer ó morir; nacemos llorando y morimos afligidos; nadie ha dicho: yo quiero nacer; nadie ha dicho formalmente: yo quiero morir.

El suicidio no es un hecho en contra de lo que acabo de afirmar.

Ese pensamiento desesperado no se formula así en el alma sombría del suicida.

El no dice, aunque lo diga: «Yo no quiero vivir;» en la palabra desesperacion está encerrado todo el secreto de su negro pensamiento. Lo que él dice es: «Yo no puedo vivir.»

Así se entra y así se sale en la vida, y la vida es el mundo.

Vosotras vivís encerradas entre las cuatro paredes de vuestra aldea, vuestras cunas se mecen al lado de vuestras sepulturas; vivís, por decirlo así, paradas al borde de vuestros humildes sepulcros, como si hubierais creído que vivir no es mas que esperar la muerte.

Para nosotros nacer es el acto continuo de una máquina activa ocupada en surtir al mundo de esta materia elaborada que se llama humanidad.

Para vosotras nacer es un mandato divino.

Para nosotros vivir es un derecho y una grandeza, para vosotras es un deber y una prueba.

A nosotros nos sorprendió la muerte como un acreedor inexorable, cuya deuda no queremos pagar; vosotras recibís á la muerte como á una triste amiga cuya visita os está anunciada desde el día en que nacisteis.

La vida es un capital que se nos entrega en la cuna; vosotras lo empleáis y nosotros lo derrochamos.

Entrar en el mundo es nacer, salir del mundo es morir; el mundo por consiguiente es el espacio comprendido entre el dolor de nacer y el pesar de morir.

¡Qué mundo este!

Hé aquí una exclamacion que está en todos los labios: es un amargo reproche, una triste consideracion que se nos escapa en medio de nuestras mas ardientes alegrías.

Cae en el dulce vaso de nuestros placeres como una gota de hiel.

Esa amarga exclamacion tiene tambien su dulzura. Cuando en medio de nuestros pesares exclamamos: «¡qué mundo este!» es que empezamos á consolarnos.

Entonces cae esa exclamacion en la amarga copa de nuestros dolores como una gota de miel.

¿No habeis visto alguna vez á una niña llena de viveza y de alegría correr ágil, impaciente y ciega detrás de una mariposa?

Va, vuelve, torna á ir y torna á volver; sus piés menudos y ligeros trazan sobre la tierra tantos círculos, tantas vueltas, tantos giros, como dibujan en el aire las alas casi impalpables de la mariposa.

Diez veces ha sentido en sus megillas como un soplo el contacto fugitivo de aquellas alas finas como un encaje, brillantes como el oro y la seda, ligeras como el aire.

La ha cogido veinte veces y veinte veces se le ha escapado; parece un desafío á muerte: la niña ni se cansa ni cede, la mariposa ni huye ni se deja coger. No es siempre la niña la que busca á la mariposa, muchas veces es la mariposa la que busca á la niña.

Cualquiera siguiendo con los ojos este laberinto de vueltas, de movimientos, esta serie continuada de emociones, unas veces porque la coge, otras veces porque se escapa, diría con la sonrisa en los labios:

— Ved ahí una niña que juega con una mariposa.

Nadie lo pondrá en duda, y no obstante puede ser, y es todo lo contrario.

Hay muchas cosas que no se ven bien sino volviéndolas del revés.

Las cosas, lo mismo que los hombres, se han echado la realidad á la espalda; delante llevan la superficie, la fachada, las apariencias.

Cualquiera que haga esa operacion dirá:

— Ved ahí una mariposa que juega con una niña.

Al fin llega un momento decisivo: vamos á ver quién triunfa.

La mariposa va y vuelve, la niña vuelve y va: llega un momento en que las dos se buscan y las dos se encuentran.

La niña levanta sus dos manos blancas, pequeñas y sonrosadas como dos mosquetas á medio abrir, y la mariposa pasa por entre las manos de la niña como pudiera pasar por entre dos rosas; la niña junta sus manos y la mariposa queda presa entre las manos de la niña.

¡Qué alegría! ¡qué saltos! ¡qué risas! ¡qué felicidad!

Aquí está preso, cogido, el objeto de tantos afanes.

La niña no se atreve á separar sus manos y las aprieta fuertemente, temerosa de que se le escape.

Diez cabezas mas ó menos rubias, pero todas movibles y risueñas, rodean con impaciente curiosidad aquellas manos que han sabido coger tan bello tesoro.

Van á ver los matizados colores de sus alas, van á tocar sus bordados de oro, van á examinarla, á besarla, á poseerla.

Se toman todas las precauciones para el caso de una fuga; todas las manos se levantan escalonadas al rededor del preso como centinelas colocadas para evitar la evasion.

Cada una de esas manos está deseando que sea á ella á quien le toque detener al fugitivo.

Las manos de la niña empiezan á abrirse poco á poco. La curiosidad se aumenta, la impaciencia crece y las precauciones se doblan.

La curiosidad se pinta en todos los semblantes, la inquietud en todas las miradas.

Hay un momento de profundo silencio y de completa inmovilidad; ese silencio y ese reposo que preceden siempre á los grandes sucesos.

Al fin las manos de la niña se abren, y una exclamacion general resuena en todas las bocas; toda la curiosidad desaparece, todas las manos se bajan, todas las precauciones se abandonan.

¡Qué chasco! En las manos de la niña no habia mas que un gusanillo aplastado, un poco de polvo que brilla aun á la luz del sol, y nada mas.

La mariposa se ha escapado por última vez para no volver jamás.

La curiosidad se ha convertido en descontento, la animacion en abandono, la alegría en tristeza.

Hé ahí la vida, ese es el mundo.

Desengaño es una palabra sólida, pesada, grave, que cae á plomo sobre nuestro corazon, y lo oprime con el peso de una montaña.

Desengaños, eso es lo que el mundo guarda en el fondo de la copa en que nos ofrece el néctar de la vida.

Desengaño es esa voz seca y fria que se encuentra al fin de todos los placeres, de todas las satisfacciones, de todas las vanidades.

Siempre que se nos acerca nos dice: «Todo aquello era mentira.»

¿Es verdad la ciencia humana? Si es verdad, podeis decir que el reflejo es la luz, que la sombra es el cuerpo.

¿Qué es lo que la ciencia sabe en comparacion de lo que ignora?

La ciencia, como la vida, empieza por un misterio y acaba por un misterio; es un espacio reducido y encerrado entre dos oscuridades.

No hay mas horizontes que los del cielo.

La ciencia, hé aquí una niña que se entretiene tambien en coger mariposas.

La ciencia no sabe mas que aquello que le seria imposible ignorar.

El mundo es una bola hecha así para que el hombre no pueda hacer mas que dar vueltas.

Para ver bien el mundo es preciso ponerse fuera de él; hay que mirarlo á esa distancia establecida en que las cosas se dejan ver, á esa distancia en que las cosas se ven como son.

Hay un pequeño mundo encerrado en el espacio de cuatro tablas que puede servirnos para ver en pequeño el gran mundo.

Delante lo tengo sin atreverme á penetrar en él.

Vosotras no sabeis las curiosidades que encierra, las riquezas que guarda, los secretos que oculta.

Aquí es preciso ese mundo, porque sin él no sabríamos cómo vivir.

Veamos... pero es imposible; el sol, como si no quisiera verlo, ha recogido majestuosamente sus rayos y nos ha dejado á oscuras.

Con los ojos no se ve, se ve con la luz.

Los ojos miran, pero la luz ilumina.

El pequeño mundo que tengo delante es estrecho, pero profundo: para verlo bien se necesita toda la luz del día; de noche nos perderíamos en él como se han perdido tantos.

JOSE SELGAS.

Fiesta del 15 de agosto en Pondichery.

La celebracion de la fiesta del 15 de agosto en Pon-

dichery, cuyos principales episodios se ven reproducidos en las dos paginas siguientes, comenzó á las seis y cuarto de la mañana con la revista de las tropas en la plaza del Gobierno. Soldados europeos y tropas indígenas se distinguieron por su buena presencia y por la precision de su marcha en el desfile. A la cabeza se adelantaban tres monstruosos elefantes que habian llevado para la ceremonia de Tiroumalé y de Ceilan.

El gobernador y el cortejo, precedidos tambien de esos tres elefantes y de sus guías armados de la lanza india, pasaron entre dos cercados de verdura, de guirnaldas y banderas de mil colores, á la iglesia parroquial de Nuestra Señora de los Angeles, adornada aquel día con sus mas bellas galas, y demasiado pequeña para contener la centésima parte de la muchedumbre que habia acudido de todas partes á presenciar la ceremonia.

Después del servicio religioso y la recepcion por el gobernador de la diputacion de los notables indígenas, principiaron los regocijos públicos, que tuvieron lugar en la plaza del Gobierno, inmenso cuadrilátero admirablemente dispuesto para una fiesta popular. La variedad del espectáculo explicaba el afán y la afluencia de los indígenas; carreras de carros con bueyes, desafíos de andarines, cueñas, ejercicios de tiriteros indios, habia allí lo suficiente para satisfacer las imaginaciones mas orientales; así sucedió, que veinte mil indígenas para no perder nada de la fiesta, estuvieron expuestos todo el día á los rayos de un sol ardiente. Los honores del día fueron para las carreras de los *chakdas*, carritos tirados por bueyes. Estos bueyes microscópicos, de paso tan vivo, dieron pruebas del brío incansable que anima á su raza, tan preciosa para el país; los guiaban perfectamente sus conductores encaramados sobre ese vehículo primitivo, un banquillo entre dos ruedas.

Merecen particular mencion los tres elefantes, Vestris monumentales, que repetidas veces durante las carreras ofrecieron muestras de su inteligencia y de su buena educacion, entregándose á varios pasos de danza muy majestuosos, y en los cuales observaron todas las exigencias del compás. A estas danzas elefantinas sucedieron las de las graciosas bailarinas del país, que eran muchas, y estaban adornadas con sus mejores galas.

En esto dieron las cinco, y quedó terminada la fiesta del día. Por la noche hubo en el palacio del Gobierno, lujosamente decorado, un espléndido baile, y enfrente del palacio, para los indígenas, una funcion teatral en la que se puso en escena uno de esos dramas interminables tomados de los libros sagrados; se arrojaron luces de Bengala, se dió fuego á un castillo de pólvora, y con esto concluyó la fiesta del 15 de agosto. P. P.

Islas Filipinas.

EL RIO GRANDE DE MINDANAO.

Situacion. — Riberas del rio. — Productos. — Razas que pueblan las márgenes. — Extension de su cauce.

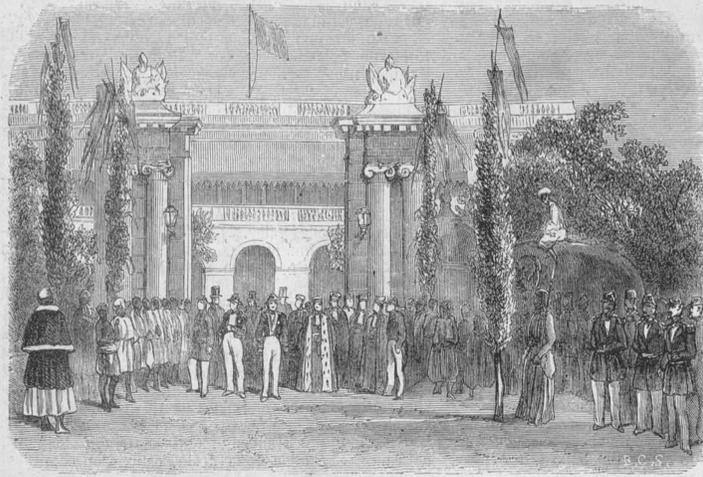
En el archipiélago filipino forma uno de los puntos culminantes la isla de Mindanao: brillante preseña de este rico florón que engalana la diadema de Castilla.

Bajo el reinado de Don Felipe II tomó posesion de la isla Fernando Magallanes en el año de 1521, cuyo territorio ocupa una extension de 3,000 leguas cuadradas.

Sensible es por demás que cuando las feraces tierras de Mindanao se hallan regadas por caudalosos rios, la mayor parte navegables, que nacen muchos de ellos ó desagan en extensas lagunas que se prestan tambien á la navegacion; que cuando sus bosques virgenes y dilatados brindan con ricas maderas de extremada solidez para la construccion naval, de caprichosos colores y bellos veteados para objetos industriales de comodidad y de lujo; cuando su feracísimo suelo produce casi espontáneamente la caña de azúcar, el cacao de la mejor calidad, el café que compite con el de Moca, la canela que podría colocarse á la altura de la de Ceilan; cuando la almáciga, la gutapercha y la cera se benefician en sus bosques; cuando, en suma, la mayor parte de sus rios arrastran con mas ó menos abundancia arenas auríferas, y el arroz, las legumbres, las raices alimenticias están ofreciendo con sus productos abundantes y fáciles la prosperidad y la riqueza, hállese reducida la explotacion de tanta riqueza á mezquinas proporciones.

Pero es lo cierto que nuestra dominacion civilizadora ha marchado lenta y dificultosamente, enseñoreándose del litoral, estableciendo varias provincias de reducida extension y mas reducidos recursos; y que esta hermosa porcion de la monarquía española hallase muy distante de ocupar el rango á que está llamada por sus condiciones preferentes, y en vez de ser un inagotable manantial de riqueza que engrandeciera el comercio y rindiese crecidas subvenciones al Erario, apenas si puede cubrir las necesidades de sus distritos, habiendo provincias que han menester de un crecido situado para hacer frente á las atenciones de su conservacion.

En la parte meridional de la isla corre el poético rio Grande, de origen casi ignorado, cuya anchura variable es de 120 á 700 piés, profundidad tambien variable de 9 á 24 piés, y corriente de 2 á 4 millas: piérdese en el mar y se hunde en su profundo seno, por dos brazos que bordean la empinada colina de *Timaco*; coloso de piedra cubierto de brillante y eterna vegetacion que parece destinado por la naturaleza para defender las entradas del rio que se desli á tranquilo y murmurador á sus plantas, después de haber lamido las del pico

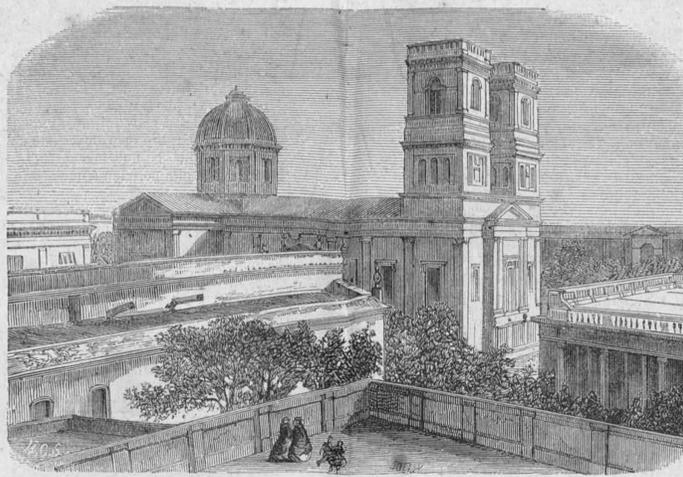


Salida del cortejo del palacio del Gobierno.

cogonal de forma cónica y engalanado con un lujoso manto de perpétuo verdor amarillento, que contrasta bizarramente con las oscuras tintas de su rival la colina de Timaco.

Forma el brazo derecho con sus aguas caudalosas una extensa barra rodeada de terrenos bajos pantanosos y poblados de vegetación que en lo antiguo fueron lecho del río Grande; á la entrada de esta barra hay un pequeño seno en la costa de Mindanao, al que da frente el desierto islote de Bongos; piérdese en este seno el río de Limnay, que naciendo en el interior de Mindanao a las inmediaciones del volcán de Macaturi, bordea la ensenada de Pollok por la falda de elevados montes que aumentan sus aguas, proyectando sobre ellas la sombra de crestas cónicas, en cuyo seno debieron extinguirse volcanes bramadores.

Al frente de la barra que en su desagüe forma el brazo derecho, levántase el humilde pueblo de Paignan, residencia del Datto Amírol, cercano deudo del sultán de Mindanao, y jefe de prestigio entre las razas que pueblan las márgenes del río Grande; prolongase este brazo hasta la altura de Tumbao, morada del Datto Mazamalla, en cuyo punto se confunden ambos cauces del

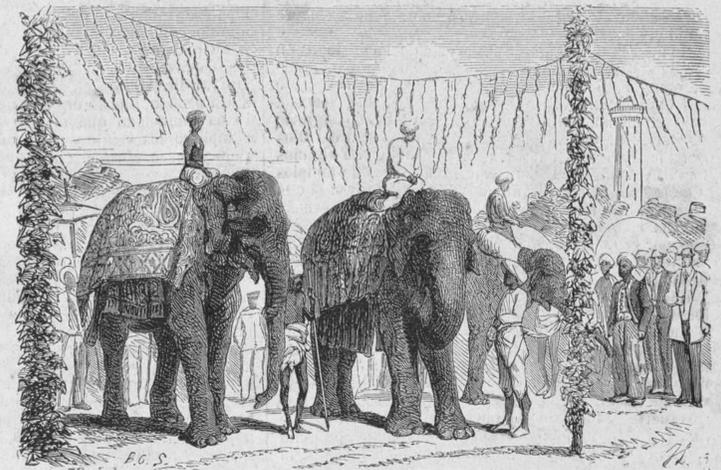


Iglesia de Nuestra Señora de los Angeles.

rio en un solo y ancho canal, que divide nuevamente la isla de Santa Isabel, en cuya cabeza corren las aguas reunidas al desprenderse de la laguna de Ligahuasan, que mide próximamente ocho millas de N. á S., y once y media de E. á O., pero cuyo fondo no está bien conocido.

Comunicase esta laguna con la de Buluan por medio de otro río que atraviesa un espacio de trece á quince millas, teniendo aquella como nueve millas de N. á S. y ocho de E. á O.

Deslizase tranquilo y apacible el río Grande á través de una inmensa y despoblada llanura, que cerrada por dos cordilleras de montes que corren á los costados del cauce, pero á distancia de bastantes millas, forman un prolongado valle casi cubierto en su totalidad por el agreste cogon. Vénese, sin embargo, en ambas riberas pequeños pueblos, algunos terrenos en cultivo y vegetación frondosa que refleja sus variadas tintas sobre la tersa superficie de las aguas; el plátano, el cocotero, la palmera, los cañaverales, el maíz y el arroz muestran sus frutos en diferentes sitios de aquellas márgenes casi ignoradas, en las que la naturaleza se ostenta con todos los contrastes caprichosos de su grandeza salvaje. Y cuando en una



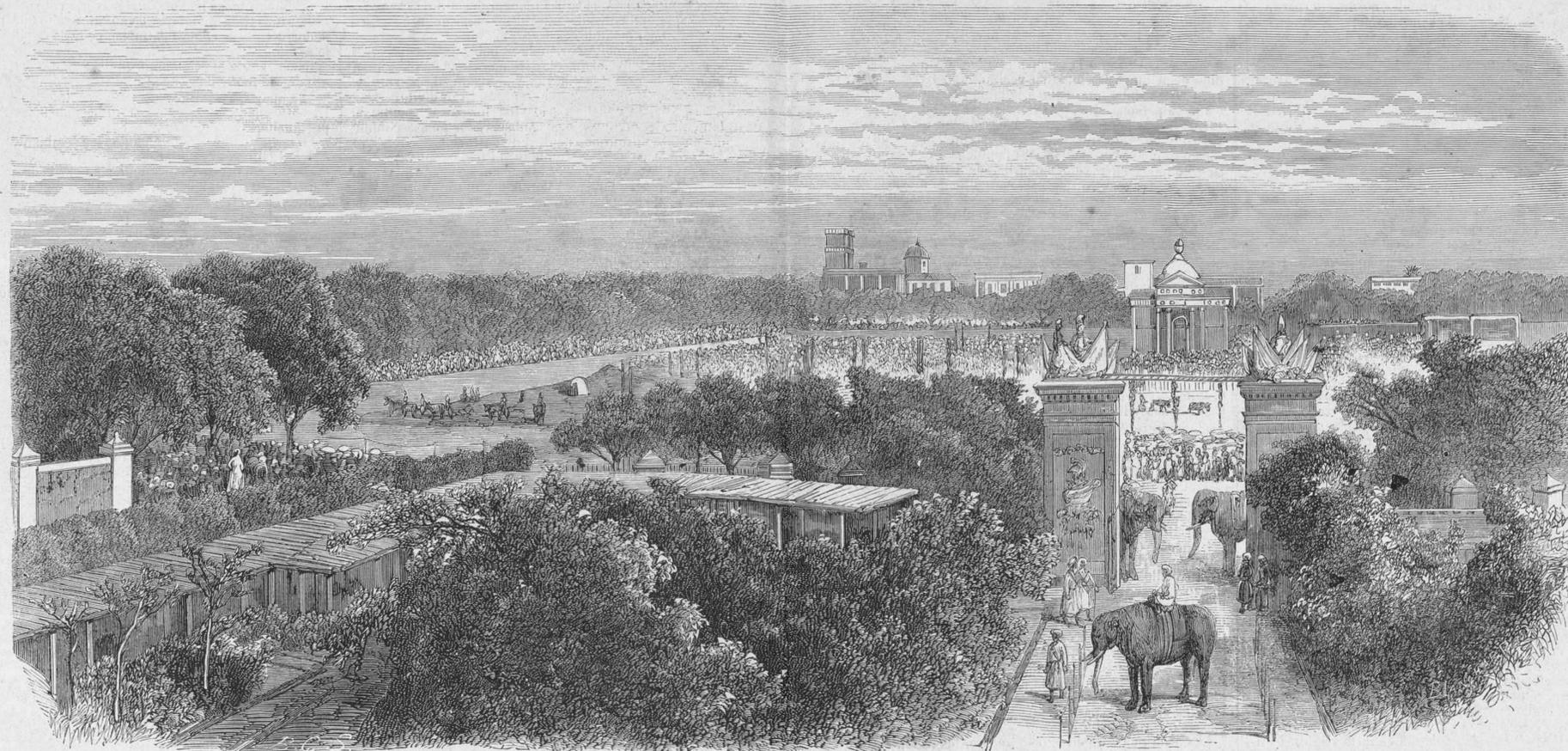
Elefantes en la plaza del Gobierno.

de esas apacibles mañanas de los trópicos se contemplan sobre la cubierta de una embarcación que avanza con imperceptible movimiento, aquellos cambiantes colores que anuncian el nacimiento del día, aquella brisa que piqueteando en los brazos de la altiva palmera se mece con su ondulante ramaje, acaricia la doblada hoja del cañaveral y susurra entre los cerrados arrozales; aquella calma sublime, aquel silencio

meja á una de esas regiones fabulosas con cuya descripción se alimenta nuestra imaginación infantil en el primer período de la vida; entonces se aletarga la razón del viajero, se embargan los sentidos y llégase á olvidar que fuera de aquella región tranquila, fuera de aquella existencia placentera, hay otras regiones que se estremecen sin cesar, hay otras existencias que sufren amargos sinsabores; entonces fija la



Oficiales europeos de los cipayos.



FIESTA DEL 15 DE AGOSTO EN PONDICHERY. — Vista de la plaza del Gobierno y del campo de carreras de los chakdas (carros tirados por bueyes).



Oficiales indígenas de los cipayos.

melancólico que constituyen el estado normal de todo país que aun no ha sentido el estremecimiento de la civilización; cuando á través de aquellos bosques vírgenes puede distinguirse á la incierta luz del crepúsculo tal cual figura humana de cobrizas carnes y desnudo cuerpo, que atraviesa la espesura deslizándose sin rumor como el vaporoso fantasma de un ensueño; entonces el río grande de Mindanao se ase-

atención en lo presente, se olvida lo pasado y lo futuro, y dudándose si es verdad lo que se contempla, se desea sin embargo que la ilusión se prolongue, porque mientras ejerza su fascinante influjo se suspende el inextinguible dolor que laceró el alma del hombre civilizado.

Cruza el río Grande una extensión de cuarenta y cinco millas desde la gran laguna de Ligahuasan hasta su desagüe



Bailarinas indígenas en la plaza del Gobierno.

en el mar, mas abajo del pueblo de Paignan; en sus dos brazos hállanse asentados varios pueblos y rancherías, pequeñas agregaciones semi-salvajes que vegetan en la ignorancia, carecen de leyes y de gobierno, y siguen como culto religioso ciertas prácticas del islamismo: estas agentes diseminadas por las márgenes del río, son de origen malayo, y hallanse divididas en distintas castas cuales son los bilanos, monguianes, talandis, calaguanes, anguanes, manganes



Chakdas dispuestos para la carrera.

manobos. Esta última raza asegúrase que es la primitiva del país, y que en la época en que los jesuitas extendieron su dominación por el río Grande, adoptó en su mayor parte la religión cristiana. Hase admitido como creencia general la de que la raza malaya se estableció en Mindanao y sus islas adyacentes como trescientos años antes del descubrimiento de este archipiélago, y que aquella venia capitaneada por varios santones y jefes de asiático origen, de los que los actuales pobla-



Ejercicios de titiriteros en la plaza del Gobierno.

dores recibieron por tradicion la reducidísima forma social que conservan, sin dar un solo paso en la carrera de la civilización.

Cuando la Compañía de Jesus estableció misiones en Mindanao, fué extendiendo sus influencias paulatinamente, y llegó á penetrar en la pintoresca comarca que baña y enriquece el rio Grande, estableciéndose en ella bajo condiciones de permanencia, fundando algunos pueblos y predicando la civilizadora doctrina del Dios crucificado. Hay personas que aseguran que en algunos puntos del interior se conservan aun restos de templos y de *cotas* ó fuertes, levantados por los jesuitas: el que bosqueja esta reseña no ha encontrado ninguna prueba de esta aseveracion en su viaje por el rio Grande, sin que por eso dude que aquella sea exacta y que existan los vestigios de una civilización desgraciadamente sobrado pasajera.

Hacen lenguas tambien los pobladores de un muy esforzado español que llevaba por nombre Zacarias, quien á mediados del siglo XVII penetró en el rio Grande mandando cuarenta galeras, y protegió al sultan reinante contra las pretensiones de un su hermano que fraguaba conjura para destronarle. Y añádesese que el valiente Zacarias establecióse en el rio levantando varios fuertes y fundando el pueblo de Taboc, en el que parece se conservan aun restos de una cota. Se le cita como modelo de valor y serenidad en los combates; la que dicen llegaba hasta el extremo de aguardar al enemigo tañendo en su guitarra esa antiquísima cancion que vulgarmente se llama el *Mambrú*.

Y es lo cierto que este aire excita el entusiasmo de los moros del rio Grande hasta el extremo de vencer su natural indolencia; y lo es tambien que no há muchos meses que del pueblo de Tumbao, distante veinte millas de la desembocadura del rio, se trasladó al establecimiento militar de Pollok, fundado á no larga distancia de aquella, un cuadrante vertical de piedra que debió servir de reló en algun pueblo, en cuya parte inferior se lee: 1643, y en cada uno de los ángulos se distingue tres veces repetida una cifra que la forman la A y la T enlazadas y á continuacion una Z, que puede ser la inicial del nombre con que era conocido el héroe que tan inolvidables recuerdos ha dejado en este apartado confin.

Cuando al recorrer las pintorescas márgenes del rio Grande nos entregáramos á la meditacion, y contemplando su aspecto actual completamente salvaje, calculáramos lo que podrian ser tan fértiles llanuras roturadas para el cultivo, enriquecidas con abundantes aguas, y contando con el poderoso elemento de una navegacion segura para exportacion de los productos, maldecíamos con toda la lealtad de verdadero español esas luchas intestinas que gastan nuestras fuerzas y consumen nuestros recursos con una tan absoluta esterilidad de resultados.

Y como abrigamos la conviccion de que la provincia coloca á los gobernantes en el elevado puesto que ocupan para procurar el engrandecimiento del pais y marchar decididamente por la senda de la civilización, mejorando sin tregua las condiciones sociales de la criatura, nos lamentáramos de una tan prolongada inaccion, que no solo afecta á los intereses materiales, sino que á la vez perjudica á los de la humanidad, siendo causa de que razas numerosas vegeten en la ignorancia, arrastrando una existencia tan miserable como estéril, tan contraria á todo pensamiento benéfico y civilizador, como opuesta á los altos fines que el Hacedor Supremo se propuso formando al hombre á su semejanza. ¡Plegue al cielo que esta rica perla perdida hoy entre las arenas del desierto, pueda lucir pronto sus orientes entre los joyeles de la diadema de Castilla!

Nota. Las apreciaciones de este artículo no están hoy en su lugar, despues de la marcha civilizadora iniciada por el gobierno en las márgenes frondosas del rio Grande.

E.

Paris y Londres en 1793.

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR CARLOS DICKENS.

LIBRO PRIMERO.

RESURRECCION.

CAPITULO PRIMERO.

EN 1775.

Era la mejor y la peor de las épocas, el siglo de la locura y de la razon, de la fe y de la incredulidad; era un periodo de luz y de tinieblas, de esperanza y de desesperacion, en que se veia delante el horizonte mas esplendente y la noche mas profunda, en que se iba en linea recta al cielo y por el camino mas corto al infierno; era en una palabra un siglo tan diferente del nuestro, que segun la opinion de autoridades muy respetables, solo se puede hablar de él en superlativo, tanto en bien como en mal.

Reinaba en aquella época en Inglaterra un rey provisto de robustas mandíbulas y una reina de cara muy fea, mientras se sentaban en el trono de Francia un rey provisto de unas mandíbulas no menos robustas y una reina de cara muy linda.

Era mas claro que el cristal para todos los grandes

del Estado que en uno y otro pais se renovaba diariamente el milagro de la multiplicacion de los panes, y que no cambiaria jamás el orden de cosas establecido.

En aquella época favorecida del cielo, se habian concedido revelaciones del otro mundo, como en el dia, á la Gran Bretaña.

Un profeta, que no era mas que un guardia de corps, habia anunciado que el dia que mistress Fouthcott cumpliera los veinte y cinco años, un abismo, preparado ya para abrirse, se tragaria á Londres y Westminster.

Apenas habian trascurrido doce años desde que el espíritu de Cock-Lane hablara por conducto de las sillas y las mesas del mismo modo que nuestros modernos espíritus, lo cual es un argumento poco favorable para la originalidad de nuestro siglo.

Se habian recibido en Inglaterra noticias de un orden menos espiritual relativas á cierto congreso formado en América por súbditos de la Gran Bretaña, y estas noticias adquirieron mas importancia para los humanos que todas las comunicaciones trasmitidas por los *mediums*.

La Francia, menos favorecida en materia de espiritismo, se deslizaba blandamente por una senda sembrada de flores, cantos y carcajadas, abrojos, llantos y gemidos; hacia papel-moneda que se daba prisa en gastar, y se divertía con actos de humanidad, como por ejemplo, en quemar vivo á un jóven, despues de cortarle ambas manos y arrancarle la lengua, en castigo de una accion sacrilega.

Crecian en tanto en los grandes bosques de Francia y de Noruega árboles que el Destino, terrible maderista, habia marcado para ser cortados con la idea de que con sus tablas pudiera construirse un cadalso de nueva invencion, provisto de una cuchilla y un saco, y del cual debia conservar la historia un espantoso recuerdo.

En aquellos dias se albergaban bajo los cobertizos de algunos de los labradores que cultivaban las tierras de las cercanías de Paris toscos carros cubiertos de lodo, olfateados por los cerdos y que servian de cama á las gallinas, y que la Muerte, colona universal, habia elegido para convertirlos en proveedores del hacha revolucionaria.

Pero el Destino y la Muerte trabajaban en silencio y nadie oia el rumor ahogado de sus pasos, aunque es verdad que bastaba el sospechar sus preparativos para hacerse culpable de traicion y de ateísmo.

En Inglaterra apenas habia bastante orden, ni las vidas y haciendas de los habitantes eran suficientemente protegidas para justificar la jactancia nacional. No pasaba una noche sin que hubiese robos á mado armada y audaces escalamientos hasta en el seno de la capital; se habian fijado avisos en los parajes públicos para advertir que nadie saliese de la ciudad sin depositar sus muebles en el almacén de un tapicero para tener mas seguridad de encontrarlos á su regreso; el ladrón nocturno se trasformaba á la claridad del sol en mercader de la Cité, y cuando era reconocido y acusado por su cómplice, le prendia en virtud de su título de capitán, le cortaba sin cumplimientos la cabeza y huía á uña de caballo.

El correo caía en emboscadas donde lo esperaban siete bandidos; tres de estos morian á manos del guarda que acompañaba la correspondencia y que, agotando sus municiones, era asesinado por los demás salteadores que saqueaban el coche sin obstáculo.

El lord corregidor de Londres, á pesar de ser un poderoso potentado, se veia obligado á obedecer á un osado aventurero que le pedia la bolsa ó la vida, y que despojaba al ilustre personaje en medio de sus numerosos lacayos.

Los pilluelos robaban las cruces de diamantes del pecho de los nobles lores hasta en los salones de la corte; los mosqueteros iban al barrio de San Giles á apoderarse de las mercancías de contrabando; la canalla hacia fuego contra los mosqueteros y estos contra la canalla, y nadie se extrañaba de estos hechos que eran propios de la vida comun.

En tanto el verdugo estaba muy atareado y trabajaba que era un portento. Ya colgaba en largas hileras criminales de toda especie, ya estrangulaba el sábado al ratero preso el martes anterior; por la mañana marcaba en Newgate las gentes á docenas, y por la noche hacia un auto de fe con los libelos en la puerta de Westminster; hoy quitaba la vida á un horrible asesino, y mañana á un miserable que habia robado dos peniques al hijo de un colono.

Todo esto sucedia en Francia y en Inglaterra en el año de gracia de 1775, y mientras el Destino y la Muerte trabajaban en secreto, los dos monarcas de robustas mandíbulas y las dos reinas, la una fea y la otra bonita, marchaban con estruendo llevando con mano levantada y firme su derecho divino. De este modo, diremos nosotros, conducia el año 1775 sus grandezas y millares de ínfimas criaturas por las diversas sendas que debian recorrer.

CAPITULO II.

EL COCHE-CORREO.

Un viernes por la noche y á fines de noviembre la carretera de Douvres se extendia delante del primer personaje con quien hemos de hacer conocimiento en esta historia.

Entre nuestro personaje y el horizonte se hallaba el coche del correo que subia penosamente la escarpada falda de Shooter.

Habia tanto lodo en el camino, los caballos estaban tan cansados, la subida era tan rápida, la correspondencia abultaba tanto y eran tan hondos los carriles, que los pobres animales se habian parado ya tres veces con la idea subversiva de volverse á su caballeriza. Sin embargo, la accion combinada de las riendas, del látigo, del guarda y del conductor se opusieron en virtud de las leyes de la guerra á tan rebelde designio, y los caballos, lo cual prueba que los irracionales no están desprovistos de razon, se vieron precisados á capitular y volvieron á cumplir con su deber.

Los cuatro escualidos jamelgos se hundian en el lodo con la cabeza baja y dando sonoros resoplidos, se deslizaban, caian y sudaban como quien lleva una carga superior á sus fuerzas.

Cada vez que, despues de una parada prudente, el conductor les obligaba á continuar su marcha, el caballo delantero que se hallaba mas amenazado por el látigo, sacudia violentamente la cabeza, y parecia negar que el coche pudiese llegar á la cima de la cuesta.

Cada negativa de estas hacia estremecer á nuestro viajero y le llenaba de dolorosa inquietud. Una densa niebla cubria el valle, se arrastraba por la colina como un alma en pena que busca el descanso, se alzaba con lentitud y empujaba penosamente en el aire sus frias y espesas ondas.

La luz proyectada por los faroles del coche, aprisionada en un círculo de niebla, alumbraba apenas algunos palmos del camino, y el vapor que se exhalaba de los sudorosos caballos se confundia con la neblina que los rodeaba.

Se veian dos viajeros mas al lado del coche. Emboscados hasta las cejas y calzados con botas que les llegaban hasta los muslos, ninguno de estos tres hombres, á juzgar por lo que llevaban descubierto, hubiera podido decir qué cara tenia su vecino, y lo que pensaba cada cual estaba tan oculto á la mente de los otros dos como su persona á los ojos de sus compañeros.

En aquella época era forzoso desconfiar de las personas que se encontraban en el camino, pues podian ser con muchas probabilidades bandidos ó cuando menos afiliados en alguna cuadrilla de ladrones, y era muy comun encontrar en cada casa situada al borde de las carreteras, meson ó taberna, desde el maestro de postas hasta el mozo de caballos, algun picaro asalariado por un capitán de bandoleros.

En esto pensaba el guarda que acompañaba el correo de Douvres aquella noche del mes de noviembre de 1775, mientras que, de pié en la trasera del coche, y abrigado hasta los tobillos con la paja que le servia de alfombra, tenia la vista y las manos sobre una caja donde una maleta que reventaba de llena descansaba encima de ocho pistolas, cargadas con bala y puestas sobre un lecho de armas blancas.

Como sucedia todas las noches, el guarda sospechaba de los viajeros que se recelaban mutuamente, así como el guarda y el cocher, que á su vez solo respondia de sus caballos y habia jurado en conciencia sobre los dos Testamentos, que los pobres animales no podian arrastrar tanto peso.

— ¡Caballos! gritó el conductor, un esfuerzo mas y se acabaran vuestras penas. Arre, ¡perezosos!

Y añadió volviendo el rostro:

— ¿Qué hora es, Joe?

— Las once y diez minutos, respondió el guarda.

— ¡Misericordia! gritó el cocher con impaciencia, las once y diez, y aun no hemos subido la cuesta. ¡Arre, cobardes!

El caballo delantero, sorprendido por un violento latigazo en medio de sus mas animadas negativas, hizo un nuevo esfuerzo, arrastró á sus tres compañeros, y el coche-correo de Douvres continuó su marcha escoltado por los tres viajeros que se hundian en el barro, se detenian cuando se detenía el carruaje y se separaban lo menos que les era posible. Cualquiera de ellos que hubiera tenido la audacia de proponer á su vecino adelantarse algunos pasos en medio de la niebla y de la oscuridad, habria pasado por un ladrón y se hubiese expuesto á recibir un balazo.

Llegaron por fin á lo alto del cerro, los caballos tomaron aliento, y el guarda dejó su asiento para trabar el coche para la bajada y abrir la portezuela á los viajeros que iban á subir al carruaje.

— Joe, ¿qué ruido es ese? dijo el cocher desde el pescante.

— Es un caballo que sube la cuesta al trote.

— A galope, dijo el cocher.

El guarda volvió á subir á su sitio y dijo cogiendo las pistolas:

— Caballeros, en nombre del rey, reclamo vuestro auxilio.

El viajero que forma parte de esta historia iba á entrar en el coche, a donde se disponian á seguirle sus dos compañeros, y se quedó con el pié en el estribo mientras los otros dos se paraban detrás de él en la carretera.

Los viajeros miraron al guarda y al conductor. Este volvió la cabeza, y el caballo de las negativas enderezaba las orejas mirando de reojo con cierta inquietud.

La inmovilidad que sucedió de pronto á la penosa marcha del coche, aumentó el silencio y la calma fúnebre de la noche, y el aliento anheloso de los caballos comunicaba una especie de estremecimiento al carruaje, y tal vez el corazón de los tres compañeros de viaje latia con bastante fuerza para poder contar sus latidos. En todo caso era el silencio de individuos fatigados que no se atreven á respirar y cuyos latidos precipitan el temor y la incertidumbre.

Un caballo subía la cuesta á escape y se acercaba por momentos.

— ¡Alto! gritó el guarda con toda la fuerza de sus pulmones; alto ó hago fuego.

Fué inmediatamente obedecido, y del fondo de la niebla salió una voz ronca que gritó:

— ¿Es el coche-correo de Douvres?

— ¿Qué os importa? replicó el guarda.

— ¿Es el coche-correo de Douvres?

— ¿Porqué lo preguntais?

— Necesito hablar con un viajero.

— ¿Cómo se llama ese viajero?

— M. Jarvis Lorry.

El individuo que estaba con el pié en el estribo del coche hizo un movimiento, y pareció decir que era él aquel viajero; pero el conductor, el guarda y los otros dos le miraron con desconfianza.

— No deis un paso ó sois muerto, respondió el guarda á la voz que salía de la niebla. Viajero llamado Lorry, ¿quereis hablar con franqueza?

— ¿Quién me llama? preguntó este con voz suave y vibrante. ¿Quién necesita hablarme? ¿Sois vos, Ferry?

— Si, M. Lorry, os traigo una carta de Tellson.

— No me gusta la voz de ese Ferry, murmuró el guarda entre dientes; su ronquera me da qué sospechar.

— Conozco á este hombre, dijo el viajero dirigiéndose al guarda y saltando en tierra.

Los otros dos viajeros se apresuraron á subir al coche, cerraron la portezuela y levantaron los cristales.

— Podeis permitirle que se acerque, continuó M. Lorry; nada debeis temer.

— Es posible, pero no está convencido todo el mundo, respondió el guarda hablando para sí propio. ¡Hola! acercaos; pero si llevais pistolas en la silla, no apoyeis la mano en el arzon, porque os advierto que soy muy vivo de genio, y que antes que podais hacer uso de vuestras armas, tendreis una bala dentro del cuerpo. Ahora que estais avisado, veámonos las caras.

El contorno de un caballo y de su jinete se dibujó vagamente al través de la niebla y se acercó al coche. Cuando el mensajero llegó al lado de M. Lorry, paró el caballo y entregó un papel al viajero.

El animal respiraba con dificultad, y los dos estaban cubiertos de lodo desde los cascos del caballo hasta el sombrero del jinete.

— Guarda, añadió el viajero con calma, os repito que nada debeis temer. Pertenezco á la casa de banca de Tellson y compañía, una de las mas conocidas de Londres, y voy á Paris por negocios. ¿Tengo tiempo para leer esta carta? Habrá una corona de propina.

— Eso depende de su contenido... si no es muy larga...

M. Lorry se acercó al farol del coche, abrió la carta que tenia en la mano y leyó en voz alta la siguiente frase:

« Esperad á la señorita en Douvres. »

— Ya veis que no es muy larga, dijo M. Lorry al guarda.

Y añadió dirigiéndose al emisario:

— Direis en casa que he respondido con la palabra: *Resucitado*.

— ¡Qué respuesta tan particular! exclamó Ferry con su voz mas ronca.

— Llevádsela sin embargo á esos señores, y se vencerán así de que he recibido su carta. Buenas noches, Ferry; volved á casa lo mas pronto posible.

Y despues de pronunciar estas palabras, el caballero abrió la portezuela y entró en el coche. Sus compañeros de viaje habian ocultado de prisa sus bolsillos y relojes en sus anchas botas y fingian estar sumidos en el mas profundo sueño.

Cerrada la portezuela, continuó su marcha el carruaje, y al bajar por la pendiente, se envolvió en una niebla cada vez mas densa.

El guarda dijo en voz baja al cochero por encima del carruaje:

— Tom, ¿has oido esa respuesta?

— Sí.

— ¿Qué te parece?

— No sé qué decirte; no la entiendo.

— Ni yo tampoco, respondió el guarda sorprendido de la coincidencia de su opinion con la del cochero.

Cuando Ferry se quedó solo en medio de las tinieblas, desmontó para aliviar de su peso al caballo, y para limpiarse el lodo que le cubría el rostro y sacudir el sombrero, cuyas alas podian contener cerca de dos litros de agua. Luego que terminó esta doble operacion, se volvió hácia Londres, y empezó á bajar la pendiente llevando de las riendas el caballo.

— Despues de lo que hemos corrido, dijo á su caballo, no me fiaré de tus cuatro piernas hasta que estemos en el llano.

Y pasado un momento de pausa, añadió:

— ¡Resucitado! ¡Qué respuesta tan extraña! ¿Qué sería de tí, pobre Ferry, si resucitasen los muertos? ¿Qué cuenta tan embrollada tendrías que arreglar con algunos de ellos!

CAPITULO III.

LAS SOMBRAS DE LA NOCHE.

Es muy asombroso para quien se toma el trabajo de reflexionar sobre este punto, el que todos los hombres estén constituidos de modo que son unos para otros un misterio impenetrable. Cuando entro en una ciudad populosa por la noche, estoy pensando en que cada una de

aquellas casas agrupadas en la sombra tiene secretos que le pertenecen, que cada uno de los aposentos que encierran tiene su propio secreto, y que cada uno de los corazones que laten en esos millares de pechos es un secreto para el corazon que está á su lado y le es mas querido.

Hay en este misterio cierta cosa mas terrible y desgarradora que la muerte.

No podré volver mas las hojas de ese libro amado que esperaba en vano leer hasta el fin, ni sondearé mas con la mirada esa agua profunda donde á la luz de los relámpagos vislumbro un tesoro; estaba escrito que el libro se cerraria para siempre tan pronto como hubiera descifrado la primera hoja; estaba escrito que la onda, donde hundia mis ávidas miradas, se cubriría con un hielo eterno en el momento en que la luz se reflejaba en su superficie, y que me quedaria en la orilla, ignorando las riquezas que contenía.

Mi vecino, mi amigo ha muerto; la que amaba, que era la alegría y la dicha de mi alma, ha cesado de vivir, y su muerte es la inexorable continuidad del secreto que hubo siempre en el fondo de su alma, como hay uno en mí que me llevaré á la tumba.

El mensajero de Tellson tenia bajo este concepto, en su cualidad de hombre, la misma facultad que el rey, que el primer ministro de Estado ó que el mas rico comerciante de la capital. Así pues, cada uno de los tres viajeros encerrados en el coche-correo de Douvres era para los otros dos un misterio tan completo como si estuvieran separados por el territorio de uno ó de dos condados.

El buen Ferry trotaba en tanto camino de Londres, parándose en casi todas las tabernas, pero sentándose en un rincon, sin pronunciar una palabra y calándose el sombrero hasta los ojos, los cuales por otra parte estaban en completa armonía con estas medidas de prudencia. En efecto, sus ojos negros en la superficie, pero sin profundidad alguna, se acercaban uno á otro como si temieran que separándose cada cual por su lado, iban á ser sorprendidos en alguna faena culpable, y las miradas que lanzaban por debajo de las alas de un sombrero de tres picos como un candel de garabato, y por encima de la inmensa manta que le cubria desde las narices hasta las rodillas, tenian una expresion siniestra. Cuando queria beber, el emisario de Tellson se descubria la boca, arrojaba en ella el licor que tenia en la mano derecha, y dejaba caer el inmenso abrigo apenas terminada la operacion.

— No, Ferry, no, decia para sí mientras trotaba por la carretera rumiando la respuesta que llevaba á aquellos señores; no, nada tiene que ver contigo tan diabólico negocio. ¡Resucitado! Por vida mia, estoy por creer, ¡Dios me perdone! que el buen señor estaba bebido.

Esta respuesta le abismaba en tanta incertidumbre, que repetidas veces se quitó el sombrero para rascarse la cabeza. A excepcion de la parte superior del cráneo, que estaba calva y rasa como la palma de la mano, el mensajero de Tellson tenia cabellos negros y recios como los de un cepillo, repartidos con desigualdad y dispersos en todas direcciones, desde la base del occipucio hasta cerca de la raiz de sus narices anchas y chatas. Sus erizados cabellos remedaban con tal exactitud las puas de hierro que defienden el extremo de ciertas paredes, que los mas hábiles saltarines no hubieran aceptado á Ferry como pilar de apuesta á causa de su amenazadora cabellera.

Mientras regresaba á Londres con la respuesta que debía dar á los señores Tellson y compañía, las sombras de la noche formaban á sus ojos extraños contornos, suscitados por el mensaje de que estaba encargado, y á los de su caballo ciertas formas que nacia de sus temores y alarmas, que eran muy numerosas, á juzgar por los desvíos que hacia para alejarse de los fantasmas que veia en el camino.

Al mismo tiempo el coche-correo de Douvres rodaba lentamente, rechinaba, chillaba, saltaba y agitaba con su traqueteo á los tres individuos misteriosos que conducía en su interior. Es probable que las sombras de la noche se revelaban á estos señores, como al emisario y á su caballo, bajo la forma que les sugerian sus recelos y sus párpados hinchados por el sueño.

Entre las que se cernian sobre el coche-correo de Douvres, estaba la casa Tellson. M. Lorry, con un brazo apoyado en la correa que le impedia caerse sobre su vecino, y le retenia en su puesto cuando el carruaje daba un salto demasiado brusco, se inclinaba hacia adelante y balanceaba la cabeza con los ojos medio cerrados.

Los faroles que centelleaban pálidamente al través de los cristales empañados y el cuerpo del viajero que estaba sentado enfrente de él, se trasformaron poco á poco en casa de banca, é hicieron un número prodigioso de negocios. El sonido de las campanillas de los caballos fué el ruido metálico de los escudos, y en menos de cinco minutos se pagaron mas letras de cambio que Tellson y compañía, á pesar de sus inmensas relaciones, pagaban en todo un dia. Se abrieron despues á los ojos de M. Lorry los subterráneos del Banco, llenos de valores y secretos importantes, y el viajero los recorrió llevando en una mano una vela y en la otra un manojito de enormes llaves, y los encontró precisamente en el mismo estado que en su última inspeccion.

Pero aunque continuaba en la casa de los Tellson y no habia salido aun del coche, cuya presencia sentia vagamente como se recuerda una herida cubierta de opio, no cesó de hallarse durante toda la noche bajo la impresion de la idea de que iba á Paris para desenterrar un muerto y sacarlo del sepulcro.

Entre aquella multitud de caras lividas que se alzaban en torno suyo, ¿cuál era la del fantasma que iba á desenterrar?

Nada se lo indicaba.

Todas aquellas caras eran las de un hombre de cuarenta y cinco años, y no se diferenciaban entre sí mas que por las pasiones que expresaban y por el aspecto mas ó menos espantoso de su máscara descarnada. El orgullo, el desden, la ira, el recelo, la tenacidad, la estupidez, la debilidad y la desesperacion pasaban ante sus ojos unos en pos de otros, así como una variedad de megillas huesosas, de tintes cadavéricos, de manos flacas y de esqueletos secos; pero en el fondo se veia siempre la misma figura, la misma cabeza prematuramente encanecida.

Por la centésima vez dirigió nuestro viajero la siguiente pregunta al espectro:

— ¿Cuántos años hace que estais enterrado?

— Diez y ocho, respondió el espectro, que cien veces le dió la misma respuesta.

— ¿Habiais renunciado á la esperanza de volver al mundo?

— Hace mucho tiempo.

— ¿Sabeis que vais á volver á la vida?

— Me lo han dicho.

— ¿Estais contento de volver á vivir?

— No lo sé.

— ¿Es preciso que os la traiga ó vendreis á buscarla?

Las respuestas que daba el espectro á esta pregunta eran contradictorias. Unas veces murmuraba con voz entrecortada:

— Es preciso esperar; su presencia me mataria si la trajéreis muy pronto.

Otras veces decia con amor y prorumpiendo en llanto:

— Llevadme á su lado.

O bien exclamaba con acento delirante:

— ¿Qué quereis decir? No conozco á nadie; no os entiendo.

Despues de este diálogo imaginario, M. Lorry abria, abria, abria la tierra, ora con una azada, ora con una enorme llave, ora con sus uñas, para libertar al desgraciado que debía volver á la vida.

El espectro salia por fin de la huesa con los cabellos llenos de tierra sepulcral, y volvía á caer de pronto no dejando mas que un monton de ceniza en el sitio que ocupaba.

El viajero se despertaba estremecido y bajaba el cristal para volver á la realidad con la lluvia y la niebla que le humedecian la frente y las megillas.

Pero hasta con los ojos abiertos y mirando el cielo encapotado, el resplandor trémulo que lanzaban los faroles y el vallado del camino, veia en el campo las mismas formas que le perseguian dentro del coche. La casa Tellson, los negocios del dia anterior, los subterráneos del Banco y sus misterios, la carta que habia recibido y la respuesta que habia dado á Ferry, todo estaba en la niebla, y entre estas imagenes, confusas al mismo tiempo que de una realidad increíble, se alzaba un livido espectro á quien volvía á preguntar:

— ¿Cuántos años hace que estais enterrado?

— Diez y ocho.

— ¿Estais contento de volver á vivir?

— No lo sé.

Y abria, abria, abria la tierra, hasta que un viajero, haciendo un movimiento de impaciencia, le dijo con enojo:

— Cerrad esa ventanilla.

Y volviendo á apoyar el brazo en la correa, se preguntaba quiénes podrían ser sus compañeros de viaje, y de conjetura en conjetura volvía á encontrar en las dos masas dormidas la casa de banca y el espectro de ojos hundidos, y preguntaba:

— ¿Cuántos años hace que estais enterrado?

— Diez y ocho.

— ¿Habéis renunciado á la esperanza de volver al mundo?

— Hace mucho tiempo.

Estas últimas palabras vibraban aun en su oido, tan claramente como las palabras mas distintas que le hubieran dicho jamás, cuando se despertó de pronto y vió huir las sombras de la noche que ahuyentaba la primera luz del dia.

Se asomó á la ventanilla y dirigió sus miradas al resplandor que asomaba en Oriente. Llamó su atencion un surco donde el labrador habia dejado el arado, y á algunos pasos mas allá se veia un arbolillo cuyas ramas habian conservado numerosas hojas de un rojo subido y de un amarillo de oro. La tierra estaba húmeda y fria, pero el cielo estaba sereno y el sol esparcía su luz fecunda y brillante.

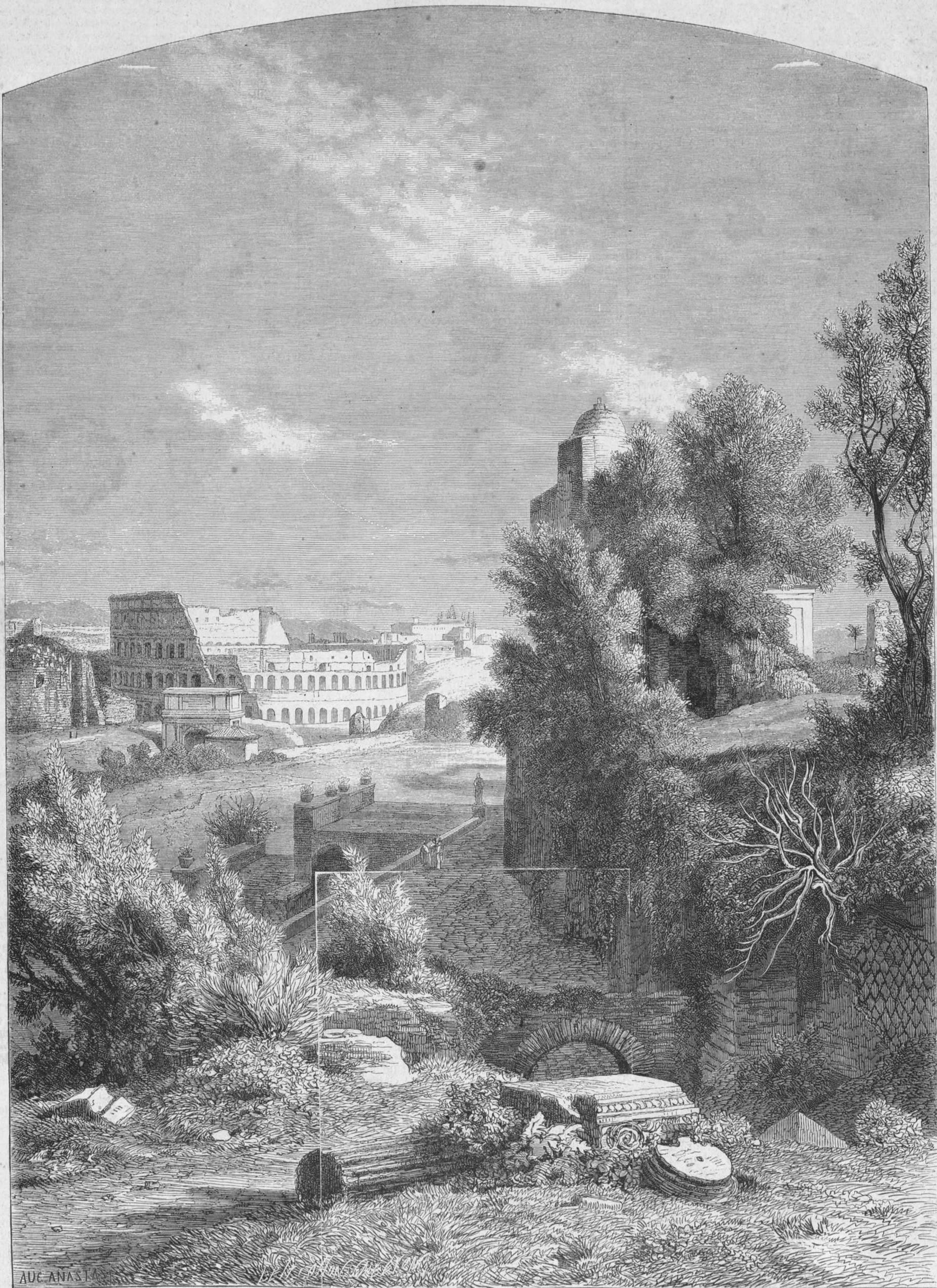
— ¡Diez y ocho años! murmuró M. Lorry contemplando el sol. ¡Divino Criador de la luz! ¡estar enterrado vivo durante diez y ocho años!

CAPITULO IV.

PRELIMINARES.

Cuando el coche-correo llegó por la tarde sin tropiezo al término de su viaje, el primer mozo de la fonda del Rey Jorge abrió la portezuela con cierto respeto, porque en aquella época se tenia como un rasgo heroico venir de Londres en invierno con el correo, y se felicitaba al viajero que tenia suficiente arrojo para llevar á cabo tal empresa.

De nuestros tres personajes uno solo debía recibir el parabien por su audacia, pues los otros dos habian ba-



EXPOSICION DE 1863. — *El Coliseo*, visto de los jardines Farnese, cuadro por M. A. Benouville.

jado ya en la carretera para dirigirse á su respectivo destino.

El interior del coche con su paja húmeda, su mal olor y su oscuridad, parecia la choza de un perro, y el que lo ocupaba, envuelto en una capa peluda, cubierto con una gorra de enormes orejas y lleno de lodo hasta el cogote, ofrecia bastante analogia con un perro de enormes dimensiones.

— Mozo, preguntó M. Lorry, ¿sale mañana algun buque para Calais?

— Sí, señor; si el tiempo se sostiene y el viento no es contrario, la marea será favorable, y se aprovecharán mañana de ella á las dos de la tarde. ¿He de preparar una cama?

— No me acostaré aun; pero dadme un cuarto y enviad á buscar un barbero.

— Muy bien. Venid por aqui, caballero. Acompaña al señor á la Concordia, y sube la maleta y agua caliente. Encontrareis encendida la chimenea, caballero. Acompaña al señor y tirale las botas. Corre á buscar el barbero y hazle subir á la Concordia.

El cuarto llamado la Concordia, que se daba siempre á los viajeros que llegaban con el coche del correo, presentaba la particularidad de que solo se veia entrar en él una especie de individuos, porque todos bajaban del carruaje tapados hasta las orejas, y salian despues los tipos mas diversos. Asi pues, otro mozo, dos mandaderas, varias criadas y la huéspedea, iban y venian de la cocina y del cuarto de la ropa blanca al aposento de la Concordia, cuando salió en direccion al comedor un hombre de unos sesenta años, vestido con un traje completo de paño de color castaño, un poco usado pero muy limpio, de excelente hechura y segun las reglas de la moda.

El comedor estaba desierto. Cerca de la chimenea habia una mesita preparada sin duda para el viajero del traje de color castaño, el cual se acercó, se sentó junto al fuego, y permaneció en una inmovilidad tan completa como si se colocara en actitud de ser retratado. Era un hombre metódico y arreglado, ó al menos lo parecia; con una mano sobre cada rodilla, como si prestase atento oido al tictac sonoro del grueso reloj que debajo de su chaleco media la fuga del tiempo, parecia oponer su edad y su gravedad á los caprichos y al carácter efimero de la llama.

Tenia la pierna bien formada y el pié pequeño y elegante, de lo cual, segun creo, estaba orgulloso, porque sus medias de seda eran finas, nuevas, y estaban tirantes sobre la piel, y sus zapatos demostraban igual es-

mero, pues si bien sus hebillas no eran de mucho valor, tenian en cambio una forma elegante. La camisa, aunque no era de una finura correspondiente á la riqueza de las medias, podia competir en blancura con la espuma de las olas. Cubria su cabeza una peluca rubia, rizada, lustrosa y ajustada á la cabeza, que tenia la pretension de representar cabellos, y que se hubieran tomado por seda ó cristal hilado.

Veíase debajo de la graciosa peluca un rostro hábil-



Ugolino y sus hijos, grupo en bronce por M. J. B. Carpeaux.

mente impasible, pero animado por dos ojos brillantes y vivos, que debieron en otro tiempo hacer desplegar grande energia y fuerza de voluntad á su propietario para darles la calma y la reserva exigidas por Tellson. Las megillas tenian el tinte rosado de la salud, y el resto de la cara, aunque con algunas arrugas, no dejaba ver huella alguna de violentas pasiones. Tal vez los viejos solterones, empleados confidenciales de Tellson y compañía, no tenian los disgustos de los demás, y es posible que las ansiedades de segunda mano no sean de tanta duracion como los hábitos casuales.

Para completar su semejanza con un hombre que se coloca en actitud de ser retratado, M. Lorry cerró los párpados y quedó dormido.

Se despertó cuando le trajeron la comida, y dijo al mozo volviéndose hácia la mesa:

— Direis que se hagan todos los preparativos para recibir á una jóven que vendrá esta noche. Preguntará por M. Jarvis Lorry ó tal vez por el agente de la casa Tellson, y me pasareis el recado al momento.

— Está bien. ¿De la banca Tellson de Londres?

— Sí.

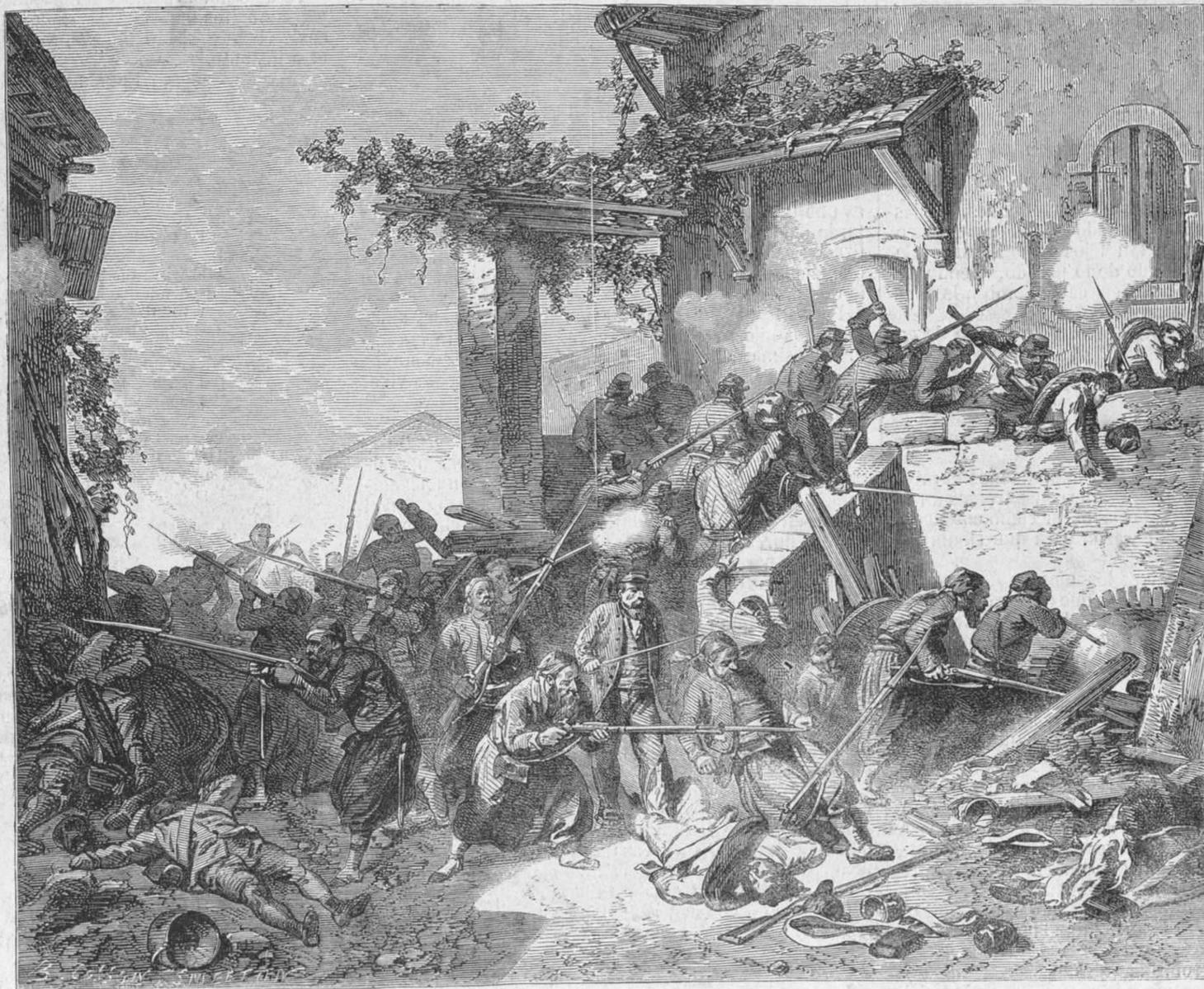
— No lo olvidaré. Tenemos con frecuencia el honor de tratar con esos señores cuando van ó vienen de Londres á Paris, porque se viaja mucho en la casa Tellson.

(Se continuará.)

Exposicion de bellas artes en 1863.

CUADROS Y ESTATUA REPRODUCIDOS EN ESTE NUMERO.

BELLANGE: *Combate en las calles; episodio de la batalla de Magenta.* — La crítica se empeña en no tomar en cuenta el mérito de la verdad y la variedad que demuestra este artista en sus obras. Acostumbrado como se está á ver hace mucho tiempo este género de composiciones tan bien trazado por Horacio Vernet, Charlet, Raffet y el mismo M. Bellangé, parece como que se siente una especie de enojo al contemplar un asunto que en otra época entusiasmaba tanto á la gente. El cuadro del combate de Magenta está lleno de movimiento y de originalidad. En otro cuadro de este mismo autor (*Episodio de la retirada de Rusia*) hay un viejo soldado de la guardia imperial, que habria hecho furor en 1820;



Combate en las calles: episodio de la batalla de Magenta, cuadro por M. H. Bellangé.

pero en 1863 los veteranos ya no están á la moda.

BENOUVILLE: *El Coliseo, visto de los jardines Farnese*. — M. Benouville, domiciliado en Roma, se complace en pintar las vistas y los paisajes que admira diariamente, iluminándolos con viva luz y tratando de combinar las líneas con un gusto elegante. Tales son las cualidades que se descubren en sus tres cuadros expuestos: *San Pedro de Roma, visto de la villa Borghese*; — *el Coliseo, visto de los jardines Farnese*, y una vista del *Anio, cerca de Tivoli*.

CARPEAUX: *Ugolino y sus hijos*. — Conocida es la historia de Ugolino Gherardesca, noble toscano que por haber intentado usurpar el poder en la república de Pisa, fué siliado en su palacio por el pueblo, cogido prisionero y encerrado con sus tres hijos y un nieto en una torre, donde murió de hambre en 1288. Dante ha descrito en su *Infierno* el suplicio de Ugolino y sus hijos. El grupo de bronce que reproducimos, de un carácter enérgico, es una de las obras capitales de la exposición. La disposición de las figuras está perfectamente entendida, y la expresión de los niños es verdadera. Quizá este drama terrible immortalizado por el Dante, es mas conveniente para tratado en pintura.

A. J. D.

Un instante.

A VICENTE GREUS.

I.

¿Te acuerdas de aquel verano, ó mas bien de aquellos pocos dias que pasamos juntos en Buñol?

¿Te acuerdas todavía de la bellissima situación de ese lindo pueblecillo, envuelto entre el manto de verdura de sus montañas, inaccesible á las miradas de los curiosos, rico de poesía y de encantadores paisajes?

¿Te acuerdas de aquellos corpulentos árboles, á cuyo pie brotan fuentes frescas y cristalinas, de aquel puente en que la naturaleza desafía al arte, de aquellos cintos de peñas, en fin, donde tantos viajeros han dejado el recuerdo de su nombre?

¡Ah! cuán varios son los períodos de nuestra existencia. Tú, lo mismo que yo; los dos lo mismo que todos, deseábamos entonces lo que solo puede llamarse *algo*; en medio de la dulce melancolía que inspiran los solitarios rincones de aquellas montañas, soñábamos como hemos soñado desde que salimos de la niñez; soñábamos como soñaremos probablemente hasta el último dia de nuestra vida.

¿Cuál era el objeto de nuestras aspiraciones? No lo recuerdo, ni me atrevería quizás á recordarlo.

Vosotros los que habeis pasado de los veinte años, y habeis sufrido alguno de los muchos dolores que tan profusamente *se reparte ó los reparten* á la humanidad; los que teneis ó conocisteis una familia; los que sabeis cuál es el valor del llanto, por haberlo recogido de vuestros ojos; los que sentís latir en el pecho un corazón joven y generoso; vosotros podreis comprender, aunque yo no acierto á expresarlo, lo que sienten, lo que desean esos veinte años, esa media tinta entre el adolescente y el hombre, el instinto y la razón.

Desde aquel verano, Vicente, ¿cuántos acontecimientos se han verificado!

Un análisis detenido de las mil impresiones, de los mil sentimientos que han brotado desde entonces en nuestra alma, nos llevaría tan lejos como llevaría á la humanidad entera el recuerdo de lo pasado, si en lugar del balsámico olvido creciese en cada hombre la memoria á compás de los desengaños.

Han pasado cuatro años tan solo, y ya no queda en nosotros física y moralmente nada de cuanto fuimos.

Ya no es el mismo el rostro.

Ya no es igual la mirada.

Ya no es idéntica la sonrisa.

Ya no existe vivo y animado en la imaginación ningún pensamiento de entonces.

Hasta ignoro por qué seguimos llamándonos lo mismo, cuando los pocos momentos que consagramos á recordar *ese ayer* no nos excitan á obrar como entonces, ni á dejar tanto tiempo al corazón para que sienta libremente.

¡Ah! y tú siquiera vuelves los ojos en derredor, y viendo los mismos seres queridos que siempre has visto á tu lado, te arrojas en los brazos del mundo y de la sociedad, protegido *por esa sombra*, toda amor, que habiéndote dado la vida, procura que no sientas demasiado sus dolores, y te da un abrigo contra los ardientes rayos del sol de las pasiones que hoy abrasa nuestra cabeza y nuestro corazón.

En cuanto á mí..... bien sabes que de esa guía que enseña con los ojos, con los labios, con los latidos de su pecho, con las lágrimas que resbalan por sus mejillas, con cuanto es y cuanto ser puede, yo solo conservo la mitad; mitad preciosa que debo y quiero guardar como el avaro conserva su oro cuando le acaban de robar una parte; mitad que dulcifica muchas penas; mitad que Jesucristo divinizó, immortalizando a la mujer; pero mitad en fin.

Te preguntaba qué era lo que deseábamos al cruzar aquellas sendas pintorescas y al sentarnos sobre aquellas rocas suspendidas sobre el abismo.

Deseábamos algo parecido á la gloria del genio y del artista, algo parecido á la inmensidad de aquellas mon-

tañas; algo semejante á los recuerdos que tan deliciosos sitios nos proporcionaban, de esa pléyada de grandes hombres, orgullo legítimo de la humanidad.

Hoy... ¿qué es lo que deseamos?

Sin duda debemos preguntarlo á los que se hallan en nuestra edad, porque yo no tengo fuerzas suficientes para analizar un corazón de veinte y seis años.

Y sin embargo, ¿habrá quien sonría al leer estas líneas, porque no hallará distancia entre los veinte y los veinte y seis años! ¡y sonreirá despues de haber comparado esa distancia con la que media entre los veinte y los cincuenta!

¡Y es que aquel dolor pasó, y su imaginación solo se ocupa del presente!

Y es que todos hablan de la vida; todos se afanan en explicar su naturaleza, tomando como principio una de sus manifestaciones; y á pesar de todo, cada hombre solo puede conseguir en cada instante de su vida definir lo que entonces le anima y lo que siente; ninguno comprender esa idea, que sabiamente negó Dios á la razón del hombre.

Por eso nosotros marchando á oscuras en esa senda, ignoramos por completo cuál es el período de la alegría y del dolor, y cuáles son los preciosos manantiales de ese dolor y de esa alegría.

Buscamos los placeres del mundo, asistimos á las llamadas *diversiones públicas*, y hallamos en ellas casi siempre el dolor privado, el cansancio, el hastio.

Y entre tanto, una sola lágrima que resbale por nuestras mejillas, movida por un sentimiento generoso, inunda nuestra alma y hasta nuestro cuerpo de placer.

¡Si siquiera tuviéramos la energía suficiente para retener en nuestro pensamiento las grandes ideas, en el corazón los grandes sentimientos, y en el archivo de la memoria cuanto pudiese consolarnos en los momentos de desesperación!

Pero un instante sucedió á otro como las olas del mar, y esos placeres y esos dolores consiguen cuando mas, como la espuma del agua, blanquear por un solo momento las olas que les siguen.

Hoy por hoy nos creemos en el ocaso de nuestras aspiraciones y de nuestra vida espiritual, y sin embargo, quién sabe si las penas pasadas han sido precursoras de un nuevo dia, ó mensajeras de una larga noche de tinieblas.

Por cima de los dolores de ese período, que á mi parecer forma lo que únicamente puede llamarse *juventud*; ocultando los cuidados ausentes y rodeándoles de aromas que los aletargasen, ha pasado el amor; el amor concreto, con su mentida felicidad eterna, con sus placeres vagos y agitados, con su excitación basada en la naturaleza entera, en las estaciones, en las plantas, en todo.

Pero hemos llegado á hoy, y ese hoy endeble, con apariencias de fuerte, queriendo tal vez *nutrir* ese pensamiento creador, queriendo dar un color determinado á lo que era *blanco*, amasando en fin la imaginación con tierra, ha hecho un cuerpo de nuestro pensamiento; ha convertido en mujer al ángel.

Y á pesar de todo ese sentimiento bastardeado, es nuestro único recurso todavía en las grandes peripecias, y el único alimento que sirve para la convalecencia de las enfermedades de la imaginación.

Y si así no fuese, ¿qué podríamos esperar? ¿qué sería de la naturaleza entera sin amor alguno, cuando el mismo principio del mal puede dejarse aletargar por el amor, según la bellissima concepción de Goethe.

Lo que sentimos nosotros en este momento, Vicente, es una de sus grandes transformaciones; ha llegado la tarde del dia que consagra la naturaleza al amor idealizado; ese sentimiento por lo tanto, decae y muere produciéndonos el dolor que hace brotar en el hombre todo lo que muere.

Pero al lado de ese amor moribundo nace el amor hácia los hijos, hácia otra nueva generación; y esa forma novísima del amor, va como las plantas cuando se separan de la tierra, tomando apresuradamente vida, savia, alegría, verdor.

Por eso me parece una afición muy natural, la que los viejos solterones profesan á las plantas.

Las plantas son sus hijos, y guiados por esa necesidad de *amor* que la naturaleza les dicta, aman silenciosamente y hasta emplean las lágrimas de sus ojos en el laurel, en la pasionaria, en la azucena y en cualquiera de esas flores, cuyo cultivo constituye su vida.

¿No os parece sublime un anciano cuando en medio del jardín en que ha pasado largos años, entierra una almendra que solo puede fructificar para sus nietos?

Y hé aquí que amando á nuestros hijos entramos en el último período de nuestra vida, porque empezamos á amar lo que va á sobrevivirnos, lo que va á constituir por algún tiempo el último recuerdo material de nuestra existencia.

Dicen que los hijos no aman á sus padres como estos les aman; si acusais de defectuosa esta desigualdad de sentimientos, acusad únicamente á la naturaleza.

El amor á los padres es el primer sentimiento natural espontáneo, instintivo que brota en el niño.

El llanto que derrama al separarse de su madre, al dormirse fuera de su regazo, no denota miedo; es la primera manifestación de su primer sentimiento; y ¡cosa sorprendente! ¿no es el llanto también el que recopila, por decirlo así, los dolores y las aspiraciones de la mayor parte de los moribundos?

Cuando el niño llora pues, da á su madre la gran prueba de su cariño.

No os quejéis, padres, de vuestra suerte; teneis por vuestra la *primera parte* de la vida del hombre, y con

ser la primera os recompensa sin duda de vuestras continuas fatigas y de vuestros inmensos dolores.

Verdad que en ese período de la vida no hay tantos medios para expresar el sentimiento, ni este puede revestirse con la grandeza, con la energía y con las innumerables acciones que otra edad le reviste.

Pero en cambio los padres no necesitan esas manifestaciones.

¿Y cómo las han de necesitar cuando su corazón, ávido de verdadero sentimiento, sabe ya por desgracia cuánto corazón fingien los labios de los hombres?

Un beso, una inocente sonrisa, un grito casi inarticulado que ninguno mas que vosotros comprende; unos lindos bracitos que procuran abrazar vuestro cuello sin conseguirlo, una mirada triste ó alegre es para vosotros, padres venturosos, toda la felicidad.

Por lo demás, para apreciar la diferencia que existe entre este amor, considerado en sus dos actores, y el amor espiritual hácia la mujer, no teneis mas que pensar en el mecanismo que nos hace grata la vida.

La vida es un verbo cuyo presente apenas acierta ninguno á conjugar: tiene un pretérito indefinido que se llama recuerdo: tiene un futuro *casi infinito*, que se llama esperanza.

¡Felices los que no estén prácticamente conformes con esta idea!

La naturaleza pues al dar tres períodos, ó mas bien tres ocupaciones á la idea, obra lógicamente.

Para amar á esa pasión de nuestra existencia que nos precedió y está despidiéndose de nosotros, el primer período.

Para amarnos á nosotros mismos, es decir, á nuestros propios deseos y pensamientos; para el amor egoísta á la mujer, como compañera de nuestra vida y parte de nuestro ser, el segundo período.

Para adorar lo que va á ser nuestro recuerdo en la tierra despues de nuestra muerte, el tercero y mas largo período.

Nosotros, Vicente, hacemos el viaje del segundo al tercero; ¿y con qué acompañamiento?

¿No has sentido vacilar en tu mente el edificio creado por su ambición? Quizás se halle en ruinas. ¿No has sonreído al presentarse ante los ojos de tu imaginación el engañoso fantasma de la gloria póstuma? ¡Se va haciendo tan tarde!

¿No has fruncido las cejas al sentirte menos generoso que hace seis años, mas apegado al interés y mas deseoso de formar ese mezquino edificio que cuando se quiere extender demasiado se denomina avaricia?

Pero no quiero hacer en tu corazón mas heridas con mi escalpelo.

II.

Ahora me acuerdo que quería contarte una historia.

Pero mi maldita afición á divagar me ha hecho emborronar tanto papel, que no me queda ninguno para contártela.

Te dejo por lo tanto en libertad de contestar á mis pensamientos con una lágrima ó un chiste, que casi, casi, viene á ser lo mismo, y me despidió de tí hasta otro instante.

EDUARDO SERRANO FATIGATI.

La hoja.

(TRADUCCION DEL FRANCÉS).

De tu tallo desprendida
Hoja que alegre admiré,
¿Dó triste vas hoy? — No sé:
La encina que era mi vida
Fué tronchada por el viento,
Y el letal y rudo aliento
Que respira el torbellino,
Me lleva desde aquel dia
Del prado á la selva umbría,
Del monte al valle vecino.
Sin lamento ni congoja
Voy pues do le place á él;
Adonde todo se aloja,
Do va del rosál la hoja
Y el follaje del laurel.

FILIBERTO ABELARDO DIAZ.

Sacrificio y recompensa.

(Conclusion.)

Llegó á Burdeos á media noche, llamó al postigo del portero, que caía á la calle. El portero se despierta, abre el ventanillo y reconoce á Ernesto, al que hacia dias esperaban de un momento á otro. La puerta se abre para el hijo de la casa y le recibe un antiguo criado, única persona que aun estaba levantada en la casa.

— Mi buen Antonio, le dijo Ernesto, ¿está bueno mi padre?

— Y durmiendo, respondió el criado sonriendo. Todo el mundo hace como él en casa.

— Muy bien, Antonio; llévame á mi cuarto y haré como los demás, porque vengo rendido de cansancio.

Ernesto entró en su habitación, y apenas se hubo metido en la cama le cogió un profundo letargo. Ninguna pesadilla turbó esta vez su reposo; su imaginación fatigada dormía completamente, y ningún fantasma, aparecido por la puerta de marfil ó por la puerta de hueso, molestó su sueño, que no obstante fué interrumpido;

apoyaron una mano sobre su hombro y le sacó bruscamente del estado de completo anonadamiento en que había caído. Alza los ojos, mira en seguida; deslumbrados sus ojos con el resplandor de una bugia, se cierran para volverse á abrir nuevamente; se incorpora, se tiente, y seguro al cabo de sí mismo, exclama:

— ¡Rosa, Rosa, señorita Rosa!

— Si, yo soy, le dijo; vengo á pedir el anillo de vuestra madre, si aun tenéis á bien dármelo.

— ¡Vos... vos... la vizcondesa de Elbene! ¿Pero en dónde estoy? exclamó Ernesto, que se llevó las manos á los ojos para ver á la cuenta si, cuando los volviere á abrir, duraba todavía aquella vision.

— Estais en Burdeos, en casa de vuestro padre, donde acabais de llegar, contestó Rosa, por nosotros, añadió.

— Nosotros, replicó Ernesto, ¿quiénes son esos nosotros?

— Mi padre, mi madre y yo; estamos en Burdeos hace cinco meses y os esperamos: yo... sobre todo, Ernesto, que vengo á saber si me amais aun, y si me será permitido consagrar mi vida al que me ha conservado el honor.

— ¿Y el señor de Elbene, dijo Ernesto que no se atreva á detenerse en conjeturas de ninguna especie, está en Italia el señor de Elbene?

— De donde no volverá mas, respondió Rosa bajando los ojos.

— ¿Os abandona? preguntó Ernesto.

— Estoy viuda.

Ernesto dió un grito, arrancó de su dedo el anillo de su madre, y ofreciéndosele á la joven viuda:

— Tomadle, la dijo: tomadle, Rosa, y mi padre me lo pedirá mañana, si gusta, para la mujer á que me destina.

— Esa mujer soy yo.

— ¡Vos, ah... hablad, hablad, Rosa! Decidme, ¿cómo, cuando estaba lejos de lo que me es mas caro y había perdido la esperanza de ser feliz, se arreglaba aquí todo para mi dicha?

Rosa se sentó junto á la cama, y con la frente cubierta de sonrojo, los ojos bañados en lagrimas, comenzó así:

— Partisteis en cuanto estuve casada; distante de vos, el valor que hasta entonces me había sostenido me abandonó enteramente y me desmayé; me alejaron del lecho del señor de Elbene, del que además se apoderaron sus médicos. Mi marido, dijo Rosa bajando los ojos, tenía una herida menos grave de lo que se creía; su primer accidente, aquel ojo deshecho y destrozado por la punta de vuestra espada, le hacía temer que los estragos del plomo fuesen de tanta trascendencia como los del acero; se suponía ya obligado á llevar una pierna de palo; los médicos le tranquilizaron. Al cabo de algunos días manifestaron que el señor de Elbene no cojearía, y que excepto un poco de inseguridad al echar el paso, no dejaría tras sí la herida huella alguna. Nunca me dirigía la palabra, solamente al hablar á mi padre, al recibir las visitas de los amigos que debía á su nueva fortuna, se felicitaba en alta voz de su ventura, que decía no haber comprado muy cara; admiraban su pasión y su delicadeza, y mi padre se echaba en cara haber estado sordo tanto tiempo á las súplicas de su yerno, y todos vituperaban vuestra tenacidad y esa vanidad de duelista que nada detiene, ni aun el espectáculo del amor mas puro y mejor correspondido; todos decían que yo era rica y que mi fortuna os había vuelto feroz; si habiais venido á pedir mi mano para vuestro rival, era porque la casualidad había desbaratado vuestros cálculos, y habiais querido daros apariencias de generoso. El señor de Elbene curó; decidió abandonar á Paris é ir á ver el castillo de Elbene, donde se había criado, y que, contra todas las probabilidades, era suyo. Me llevó al interior de la Bretaña y me confinó en un antiguo castillo abandonado hacia veinte años y retiro de todos los buhos del Morbihan. Allí mudó de tono, ya no fui la mujer adorada por la que había arrostrado los desdenes de una familia, sino la hija de un hombre del pueblo, que para que la casasen se había dirigido á un espadachín; que le costaba su belleza, su fortuna, su salud, y sobre todo le arrebatada uno de los partidos mas ricos de Francia. Todo me lo esperaba, hasta morir á sus manos, hasta encontrar veneno en los manjares de su mesa. Se contentó con intimarme la orden de no salir del castillo y se alejó. Ya no le he vuelto á ver. ¡Ah! unida á un hombre á quien despreciaba, y apasionada por otro cuyo recuerdo debía desechar, he llamado á menudo á la muerte, pero iba á ser madre, y el aislamiento en que vivía era una garantía para mi reputación. He tenido un hijo, é ignoro si el señor de Elbene, que esperaba este suceso, ha tenido noticias y sabido que le había nacido un heredero de su nombre: de tal modo había roto conmigo toda correspondencia y todo vínculo. Por fin, hace un año que recibí una carta de su apoderado, que me participaba la muerte de mi marido, y me anunciaba que mi hijo heredaba los bienes de su padre; me decía al mismo tiempo de qué modo había perecido el señor de Elbene. Este abandonó Francia, como os he dicho, despues de su restablecimiento, y visitó primero la Inglaterra; pasó despues á Italia, gastando en todas partes mucho dinero y demostrando querer disipar una fortuna de la que no pensaba hacerme disfrutar, y de la que procuraba privar aun al hijo que debía tener mio. En Napoles se prendió de una bailarina joven que le hizo hacer mil locuras, y que habiendo brillado en Roma antes de tropezar con él, quiso brillar allí nuevamente, ya que disponía del bolsillo de un hombre pródigo y derrochador. En Roma había un abate ó monsignore que la bailarina había arruinado un año antes: no pudo soportar el ver á una mujer que

amaba en poder de otro, y se vengó á la italiana envenenando amante y querida. Así murió un hombre, continuó Rosa, que me ha hecho mucho daño para que le eche de menos y que no puedo menos de llorar; le he amado, Ernesto, y él solo ha arrancado de mi corazón el amor que le había profesado, para hacerme experimentar otro sentimiento y ponerme al borde del precipicio. Una riqueza repentina le ha perdido, y contaba yo con que el hijo sería mas dichoso, mas honrado y mas prudente. ¡Ah! debía suceder lo contrario... mi hijo ha muerto, y el juego y las prodigalidades de todas clases han consumido en pocos meses la fortuna del padre. La vizcondesa de Elbene no tiene nada, ni castillo, ni herencia, ni viudedad, pero la hija del señor Morin tiene siempre los bienes de su padre.

— ¡Alabado sea Dios! exclamó Ernesto, ningun recuerdo me quedará de ese hombre.

— Regresé á Paris, prosiguió Rosa, volví á habitar la casa de mi padre, para quien la conducta del señor de Elbene, tan cariñoso antes del casamiento y luego tan desdenoso, sigue siendo un enigma. Sin embargo, tanto le he suplicado, que hemos abandonado á Paris para venir á Burdeos. Cinco meses hace que os aguardo.

Al acabar de proferir estas palabras, la señora de Elbene apagó la bugia que ardía junto á Ernesto, y todo desapareció.

El joven se echó fuera de la cama, extendió sus brazos á oscuras, llamó, dió gritos; creía á Rosa arrebatada dos veces á su amor. En esto se abrió la puerta.

— ¡Padre mio, padre mio! exclamó arrojándose al señor Laroche, que le estrechó en sus brazos; padre mio, ¿sois vos? ¿vais á desvaneceros de mis brazos como el fantasma que acabo de ver?

— ¡Silencio, silencio! dijo el anciano, cállate, ella era; mira tu dedo, ya no tienes el anillo de tu madre. ¿Crees por ventura que los fantasmas roban anillos? Cállate, hijo mio, todo lo sé; no despiertes al señor y á la señora de Morin que duermen á dos pasos de aquí, y que no tienen necesidad de saber tus secretos y los de Rosa.

Ocho dias despues, la vizcondesa de Elbene era la esposa de Ernesto Laroche, y el nombre de Elbene, que como ya hemos dicho mas arriba, ha brillado un momento en la época de la Fronde por la originalidad y desdichas de Guy de Elbene, quedaba borrado en Francia para siempre.

L. E.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Actualidades de otoño y de invierno. — Las telas escocesas hacen furor. — La casaca Luis XIV. — La casaca Sportman. — La casaca Montenegrina. — El vestido Margareth. — Las escarcelas de pasamanería. — Dos sombreros destinados á Niza. — El sombrero La Tour d'Auvergne y el sombrero Girondino. — Traje de novia. — Prendidos nocturnos. — Descripción del figurin, que representa trajes de otoño.

La moda continúa decretando sus actualidades de otoño y de invierno.

Las telas escocesas dan la ley.

No es mas que un principio de la temporada, un capricho si se quiere, pero el caso es que todas las elegantes llevan telas escocesas.

Los grandes cuadros de raso y terciopelo están muy en boga.

Mostremos los vestidos mas artísticos que se han dado á luz.

Un moaré antiguo ilustrado con ramitos de florecillas de todos colores: blondina, méjico, verde laurel, grosella y esmeralda.

Otro llamado *frimas* que hace el efecto de la nieve sobre un fondo gris de los Alpes, cielo, rosa, pensamiento, gris perla y ofelia.

Un tafetan bordado de color blondina.

Un pult de seda género Pekín que describe rayados de follaje de terciopelo rizado, color sobre color.

Un vestido *Maravillosa* fondo negro con pedrerías vesubio, ó de diversos colores, rubí, amatista, turquesa, esmeralda, jacinto.

Tafetanes antiguos, fondo negro con florecillas *no me olvidés*, ó flor de fresal con frutas.

Moarés antiguos con motivos negros sobre fondo, como moscas, mariposas y pajarillos.

De las telas pasemos á los vestidos.

Los cuerpos son casacas. No por nada usan las parisienses botas y corbatas y cuellos como los señores del sport y del turf.

La casaca Luis XIV, la mas rica y lujosa de todas, es de terciopelo negro ó violeta, con bordados de pasamanería de punto de España, y grandes bolsillos cuadrados puestos muy abajo y de lado.

En cuanto á trajes de paseo á pié, citaré una *casaca Sportman* de felpilla escocesa rizada azul, verde y negra. La falda sin ningun adorno es muy espaciosa y larga. La botonadura representa motivos de caza de plava cincelada.

Para trajes mas de vestir he visto los siguientes:

Un vestido de moaré antiguo bordado de rosas color sobre color; matiz blondina. La falda está guarnecida de gruesas cuerdas en girandolas recogidas en cada paño á una altura de 50 centímetros, con borlas.

El cuerpo lleva el mismo adorno de pasamanería dispuesto en fichu. Las mangas muy estrechas tienen cuerdas como la falda. Cinturo por el mismo estilo de trenza de seda.

Un vestido de terciopelo negro con dos cuerpos.

La falda sin ningun adorno describe una cola. El cuerpo alto, es mas bien una casaca montenegrina con guarnicion Danilo, compuesta de alamares al sesgo y de una rica pasamanería sobre el pecho. En la espalda igual escala de pasamanería. Por

detrás la casaca tiene una punta con franja de agujetas de pasamanería y perlas de azabache.

La manga montenegrina va adornada con alamares y franja.

El cuerpo escotado está abotonado por delante, y lleva dos entredos de pasamanería que reemplazan la berta.

Este género de adorno es muy nuevo.

Un vestido Margareth de tafetan azul mejicano bordado de lazos de encaje negro y blanco, y falda adornada con un sesgo de tafetan azul orlado de terciopelo negro.

En cada paño pirámide de tafetan azul sujeta con tres presillas de terciopelo negro orlado de tafetan azul.

El cuerpo lleva un cinturón de terciopelo negro orlado de azul con hombreras formadas por tres presillas que se repiten en el bajo de la manga.

La pasamanería desempeña este invierno un gran papel decorativo en los vestidos y en las confecciones.

Hay entredos muy ricos, perlas de azabache, — tilos, — medallones, — placas con agujetas dispuestas en hombreras, en faldetas de postillon, en bocamangas y en bolsillos de lado.

Las escarcelas de pasamanería forrada de seda ó de color, han reemplazado las de cuero de Rusia y las claveteadas de acero.

Este capricho no conviene sino á las jóvenes de fino talle y alta estatura.

La mayor parte de las confecciones de terciopelo tienen hombreras de pasamanería ó de guipure.

Además de las casacas Luis XIV, hay el Almaziva de un corte muy gracioso. Los paños de la falda están abiertos por abajo y guarnecidos de pasamanería.

Los sombreros son tambien muy caprichosos, y adornan divinamente á las hermosas.

La moda no es uniforme. Lo que está bien en una en otra está mal; es preciso que una señora de tacto y de buen gusto tenga inteligencia para elegir el sombrero y el traje que estén en armonía con su belleza.

Hé aquí los sombreros mas nuevos y bonitos.

Un sombrero de felpilla azul turquesa nacarada de rosa con bavolet de felpilla y fondo de tul rizado de blondina que cae en fichu sobre el bavolet. El ala es de tul blanco rizado, con bulloes de blondina y copos de dos plumas blancas asomando por el interior de los cuchillos de tul.

Un sombrero de terciopelo negro con fondo de terciopelo escocés sujeto con un lazo de felpilla de diferentes colores que cae de lado. Bavolet de terciopelo negro. En el interior doble rizado de cinta azul y de tul azul á guisa de blondina con lazo de raso negro y flores de plumas de pavo real rizadas sobre un bandó de terciopelo escocés.

Un sombrero de terciopelo pensamiento con ala plegada y fondo de tul atravesada por una ancha cinta de raso pensamiento. En el casco flota un adorno de encaje de Chantilly que cae sobre el bavolet. Al borde del ala penacho de tres plumas violeta que se riza en el interior sobre una rama de helecho bronceado.

Un sombrero de terciopelo real con ala María Estuardo de plumas. Sobre lo alto dos agujetas de Rusia prendidas á la Fausto. Bavolet de tul cubierto con un pequeño fichu de blondina. En el interior bandó de terciopelo azul con ramas de fresas de oro. Cintas de atar blancas.

Un sombrero de felpilla escarabajo violeta y amarillo oro con ala plegada en forma de ondas. El bavolet es de blondina blanca. En el interior adorno de felpilla con dos plumas violeta y amarillo oro cayendo sobre el ala.

Un sombrero Emperatriz con ala de terciopelo real rosa y fondo de tul blanco cubierto con un invisible de lentejuelas de plata. En el ala dos plumas blancas rizadas sobre unas rosas ocultas en cocas de blondina.

Dos sombreritos para la estacion de Niza á cual mas lindos.

El primero es un sombrero La Tour d'Auvergne de terciopelo negro un poco alto de forma, y sin embargo redondo, con penacho de tres plumas negras sosteniendo una larga pluma blanca que atraviesa el casco y cae de lado.

El otro es un sombrero Girondino de terciopelo negro muy ancho de casco, con escarapela de cinta azul puesta de lado, y atravesada por una cinta azul que sostiene en cada extremo dos plumas de avestruz naturales.

Antes de describir el figurin, hablemos de trajes de novia.

¿Qué vestidos se usan bajo vuestro hermoso cielo tropical? Lo ignoro; pero sea como quiera, el que yo voy á señalar aquí os podrá servir para prendido de baile.

El vestido es de pult de seda blanco ópalo adornado de encaje de Inglaterra, con dos volantes que figuran la doble falda. Sobre cada hilera de encaje ruche de tafetan recortada. Por un lado guirnalda compuesta de flores de azahar que parece recoge el vestido. Cuerpo liso y de punta. Mangas de codo, medio ajustadas, adornadas de encaje. Tocado formando tres rulos por delante con flores de azahar en medio sosteniendo un velo de tul ilusion.

Aun citaré para prendidos nocturnos:

Un vestido de tafetan azul ilustrado con losanjes de entredos de blondina ahuecados en ondas de crespon azul, almohadillados con rosas no me olvidés. Cuerpo de punta con iguales losanjes y entredos de blondina dispuestos en fichu. Sobre cada hombro hay un ramillete de rosas que cae en agujetas no me olvidés. Tocado María Antonieta adornado con un pouff de flores compuesto de rosas y no me olvidés, sostenido con una cinta azul de puntas flotantes.

Salida de baile Speranza de cachemira blanco, con un fleco rizado blanco coronado con un grueso cable de pasamanería blanca.

Un vestido de tafetan rosa con falda adornada con un alto volante recortado puesto á la Luis XIV, y recogido de lado con un hermoso cordon rosa sobre una falda de tarlatana blanca rizada. Cuerpo liso de punta por delante y por detrás, con una drapería de tarlatana blanca que remata en una rica blondina blanca coronada con tafetan rosa. Tocado Luis XIV con plumas blancas, cinta rosa y ramillete de azahar rosa.

Por último, otro vestido de tarlatana blanca con un alto volante guarnecido de encaje de Chantilly describiendo ondas.



Establecimiento del Factage parisiense en la calle Culture-Sainte-Catherine.

Sobre los hombros y en medio del cuerpo, racimos de semillas encarnadas. Tocado género antiguo. Aderezo de coral.

Hé aquí ahora los trajes de otoño representados en nuestro figurin.

El primero es de pult de seda blondina, adornado en el bajo de la falda con tres hileras de cocas tafetan y terciopelo color sobre color. Cuerpo de punta por detrás y por delante, guarnecido en tirantes con dos hileras de ruches que se cruzan en el talle.

Mangas de codo medio ajustadas, abiertas por abajo y adornadas con una ruche en la costura.

Cuello y mangas de batista con guipure.

Rotonda de paño noruego á cuadros azules y verdes. Sombrero de terciopelo verde con ala de tul cubierta con una blonda y un grueso pouff de hojas de viña bronceadas con uvas de un matiz azulado. Cintas de atar de terciopelo verde. Guantes maiz. Botitas de piel inglesa, color blondina, bordadas de negro, con tacones cuadrados.

El segundo traje es de interior. Representa un vestido de tafetan guarnecido en el bajo de la falda con un volante de tafetan cubierto de guipure negra, y coronado con un entredos de guipure por el cual pasa una cinta azul. Basquiña ajustada sobre una chaquetilla Figaro cortada derecha por detrás. La basquiña de tafetan lleva un volante de tafetan y de guipure en armonía con la falda.

Mangas y cuello guarnecidos de valenciennes.

Corbata querubin de cinta azul con franja.

Tocado redecilla con fondo de encaje negro, que cae en anchas bandas por detrás. Sobre la frente diadema de florecillas de terciopelo azul en cocas de encaje negro.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

El Factage parisiense.

En estos últimos días han comenzado á verse por las calles de Paris unos carruajes elegantes en cuyas portezuelas hay grandes cifras enlazadas, y guiados por hombres cuyo traje tiene algo del de mayoral de diligencias y del que usa el *commissionner* de Londres. Estos carruajes y estos hombres pertenecen a la compañía general del *Factage parisiense*; tenemos el correo para la distribución de cartas, y hé aquí otro correo para la distribución de paquetes. Al ejemplo de los omnibus para las personas, hé aquí los omnibus para los bultos,

los segundos tan baratos como los primeros. Únicamente los mozos de cordel podrán quejarse; y aun estos seguirán desempeñando el oficio del antiguo palomo mensajero, es decir, continuarán siendo los misteriosos agentes del correo de los amores. ¿Cómo enviar á una

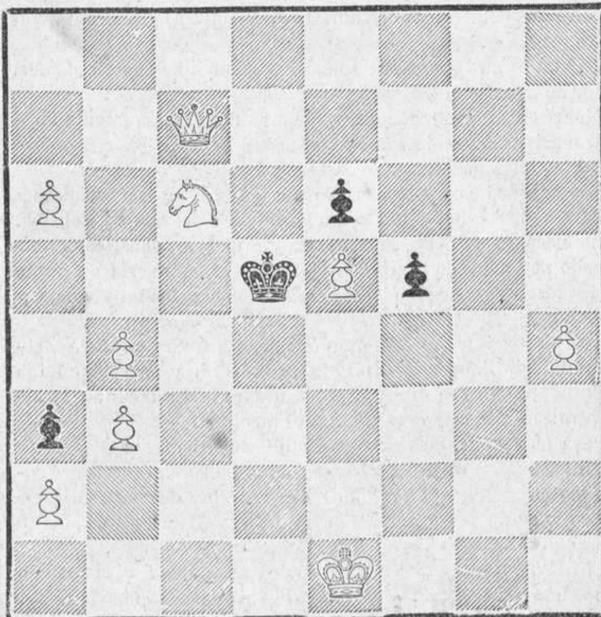
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 83.

- | | |
|------------------------|---------------|
| 1 T 3ª R | P 6ª AR |
| 2 R 5ª T | R 4ª ó 5ª ARª |
| 3 ARª come P | R juega |
| 4 T 3ª ARª jaque-mate. | |

PROBLEMA NUM. 84, POR M. FEYERFEIL.

NEGRAS.



Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

de las ochenta estaciones que el *Factage parisiense* ha distribuido en Paris, un ramillete para la señorita X..., en compañía de un tierno billete que pide una cita, y de pagar por esto 30 céntimos, con 10 céntimos mas por la respuesta? La señorita lo tomaria muy á mal, y despues, ¿dónde estaria el misterio? Por consiguiente, todavia podrán vivir los hijos de la Saboya y de la Auvernia. El *Factage parisiense* posee un campo de explotacion demasiado vasto para dejarles los medios de ganar su subsistencia.

Reflexionando lo que se compra cada dia en Paris en mercancías menudas que son enviadas á las casas, y admitiendo que el *Factage parisiense* se sustituya á los mozos de cordel y á los carruajes que tienen que tener los comerciantes, se verá qué clientela se presenta desde luego á la compañía, que ofrece al comercio tarifas especiales de abono y un servicio regular repetido muchas veces diariamente. De este modo el comerciante abonado pagará menos de la tarifa ordinaria, que está graduada de 30 céntimos á 2 francos por los bultos hasta 2 kilóg.; y de 2 kilóg. á 100, 20 céntimos por cada fraccion de 10 kilóg. El *Factage parisiense* se sustituye tambien al de los ferro-carriles para llevar los encargos á domicilio, y sobre todo á los particulares para entregar á los caminos de hierro, representándolos en todo y por todo ante las compañías.

La importante cuestion de los envíos de dinero y de valores diversos, constituye tambien el objeto de una tarifa especial muy moderada, que tiene por corolario natural otra tarifa aplicada al cobro de los efectos de comercio y de las facturas. Puesto que recibe, el *Factage parisiense* puede pagar, y con arreglo á otra tarifa, se encarga en efecto del pago de los efectos de comercio ya en el Banco ya en otra caja cualquiera. En fin, para completar su obra, compra por cuenta del que se lo encarga. Sin que una persona tenga que moverse de casa, hace sus compras, paga, y la lleva las mercancías con la factura.

Pero despleguemos nuestras alas. Paris y sus afueras no bastan ya, y la compañía se encarga de mandar las mercancías por todo el mundo. Asi es que su negocio no es pequeño. Su capital asciende á la cifra de 5 millones de francos, y el grabado adjunto da una idea de la importancia de sus instalaciones.

Añadiremos al terminar, que el director del *Factage parisiense* ha creado en su administracion una série de empleos que están desempeñados por mujeres inteligentes.

R. D.